0.5 El crepúsculo entre las llamas

Selena F.

Capítulo 1

Las cosas no habían cambiado demasiado desde la última vez que estuvo allí. El bosque seguía siendo espeso, el entretejido de ramas y hojas sobre su cabeza proyectaba una penumbra ligera sobre el suelo que provocaba que el ambiente a su alrededor estuviera cargado de una pesada humedad. El hecho de encontrarse a comienzos del verano ayudaba a cargar la atmósfera de esa manera tan soporífera, pero a ella le importaba más bien poco cualquier cosa que tuviera que ver con el clima de aquel lugar, en las tierras altas del mundo mortal.

Llevaba completamente inmóvil un buen rato, agachada detrás de unas rocas erosionadas por el paso del tiempo y salpicadas de musgo de diferentes tonos. Sus ojos oscuros estaban fijos en un punto delante de ella, en un claro bastante amplio entre los árboles, aparentemente vacío de nada que no fuera hierba baja y de un saludable color verde. Pero la inmortal sabía que allí había algo, oculto tras un hechizo muy antiguo. Escondido de miradas indiscretas como la suya, el poblado de las cazadoras de feéricos solo evidenciaba su presencia debido al aroma que flotaba en el aire. Un olor afrutado y espeso llenaba su nariz y le hacía fruncir el ceño con una mueca de desagrado.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había encontrado detrás la barrera de estacas de serbal de cazador, invisible, pero jamás olvidaría aquella sensación en su nariz, aquel hormigueo casi desquiciante. Mezclado con la influencia de la montaña sagrada, a unos cuantos kilómetros de distancia, la feérica tenía que poner un esfuerzo considerable de su parte para no levantarse y dar media vuelta. También había sido muchos los años que habían transcurrido desde la última vez que el hiraeth había rodeado su pecho de aquella manera tan insiste, casi asfixiante, pero tampoco eso iba a amedrentarla. Pocas cosas lo hacían en la actualidad.

La luz que se filtraba entre las ramas y las hojas sobre su cabeza comenzaba a adquirir una tonalidad rojiza cuando se levantó y quedó expuesta. Los músculos de sus piernas protestaron, pero no flaqueó cuando echó a andar hacia la fortificación. La daga de oro engalanada con joyas de diferentes colores que llevaba en la mano lanzó un destello, como un guiño hacia el bosque a su alrededor. La inmortal se movió con agilidad entre los árboles, pisando con firmeza y decisión, pero también con rapidez. Tenía que llegar delante de la barrera de estacas invisibles antes de que terminase el cambio de guardia.

No se movió en línea recta, sino que fue serpenteando entre los árboles, cambiando su trayectoria de manera imprevista, con rapidez. Habían pasado tantos años que cabía la posibilidad de que las cazadoras ya no tuvieran los mismos horarios que cuando ella estuvo viviendo detrás de la

barrera de serbal de cazador durante casi medio año. Puede que ya no hicieran cambios de guardia al atardecer, pero esperaba que no fuera así y que siguieran siendo igual de previsibles que antes.

Cuando el dosel de árboles dejó de cubrirla, se detuvo. Miró hacia lo alto, hacia un punto situado a varios metros sobre el suelo, como si pudiera ver a través del escudo de invisibilidad mágico que cubría el poblado rodeado de estacas. También rezó porque no se les hubiera ocurrido hacer el muro más alto y que las centinelas que estarían ocupando sus posiciones en aquel momento, sustituyendo a las que se retiraban a descansar tras un largo día, pudieran verla allí plantada. Y que la reconociesen.

Porque estaba segura de que no la habían olvidado. Era imposible. Nadie en aquel campamento ni en ningún otro en las tierras altas olvidaría a la chiquilla sidhe que había hecho lo imposible por sacar a su gente de las entrañas de la tierra del mundo inmortal. La niña que había estado dispuesta a traer el equilibrio y la venganza para los suyos, costase lo que costase. Incluso negociar con aquellas que tenían por cometido exterminar a todas las criaturas que saliesen de la montaña y que perteneciesen a un mundo que no fuera el de arriba.

No podían haber olvidado nada de eso, por muchos años que hubieran pasado.

Pero ante la duda, la sidhe alzó la daga. No pretendía ser un gesto intimidante, ni mucho menos. Solo quería que la luz del atardecer incidiera mejor sobre ella y la hiciera más visible para quienes se encontraban al otro lado del hechizo de invisibilidad. Ese movimiento fue acompañado de una sonrisa. O más bien, de una mueca; un gesto que hizo que sus labios se replegasen sobre sus dientes y los dejasen a la vista. Sus caminos, más largos de lo normal, lo que diferenciaba a su especie de la otra con la que compartía la denominación de feéricos mayores, brillaron con un leve tono rojizo por la luz del sol moribundo. La sidhe no era consciente de ello, pero aquella iluminación hacía que pareciese que estuvieran manchados por una pátina de sangre, dándole un aspecto más bestial.

Los instantes pasaron despacio, muy, muy despacio, y nada ocurrió. Ella aguantó su posición y su gesto a pesar de que sentía que las comisuras de sus labios estaban comenzando a temblar y de que su brazo alzado empezaba a ser recorrido por pequeños y molestos calambres. La tensa espera le resultaba más agresiva y amenazante que si se hubieran puesto a lanzarle flechas o si hubieran aparecido en tropel de la nada, con las armas listas para atacarla y hacerla pedazos.

Pero ellas, las famosas cazadoras de feéricos, estaban allí, observándola con detenimiento. Podía sentir las miradas de las hijas de Morrigan clavadas en ella, evaluándola, decidiendo qué paso dar a continuación.

Podía entender que el desconcierto de tenerla allí, a una feérica mayor, tan expuesta y tan al alcance de su mano de manera consciente, las hiciera reaccionar con una lentitud impropia de ellas, pero la sidhe estaba empezando a cansarse.

Habían pasado muchos años, sí, pero la paciencia seguía sin ser una de sus virtudes, aunque sabía camuflarlo bastante bien.

Estaba comenzando a pesar que la ignorarían por completo y que la dejarían allí, en medio del bosque que pronto comenzaría a poblarse de feéricos salvajes de los que había tenido especial cuidado de ocultarse, cuando notó una ondulación en el aire delante de ella. Como el impacto de una piedra sobre el agua, la ondulación creció poco a poco, vibró, y la esencia que emanaba de ella golpeó a la sidhe en el paladar y en las fosas nasales, provocándole un picor incómodo, como el de un mal primaveral.

No se movió hasta que delante de ella, a una distancia prudencial, apareció una figura femenina ataviada con una vestimenta que resultaría extraña para cualquiera que nunca la hubiera visto o desconociera su función. Ceñido al cuerpo de manera que permitía una total libertad de movimientos, el traje de combate de las sealgair estaba hecho de placas negras de cuero superpuestas, como si se tratasen de escamas, dándoles un aspecto un tanto animal a sus portadoras. En una de las manos de la cazadora había una especie de espada corta desenvainada, brillando con los últimos rayos solares como si su hoja estuviera manchada de sangre; una ràsair sliasaid, un arma que las sealgair habían creado y que no existía en el mundo feérico.

La inmortal parpadeó, un acto reflejo que le permitiera disipar la fina neblina que difuminaba todavía la figura de la mujer, a pesar de que era el hechizo que la rodeaba lo que le impedía verla con claridad. No fue su apariencia lo que delató lo que era; ni la ropa de combate tan característica de su especie, ni su extraña espada que se cerraba como una navaja, ni siquiera el hecho de que hubiera aparecido de manera misteriosa en un lugar en el que aparentemente no había nada. No, lo que marcaba a aquella mujer mortal como una sealgair, además de la mancha en forma de pluma que tendría en algún lugar de su cuerpo, era su olor. Una mezcla entre el aroma afrutado del serbal y una planta pequeña de florecillas violeta, la nébeda. Y, por debajo de todo eso, había un regusto salvaje que se parecía al sabor del poder de los inmortales, pero jamás diría eso en voz alta. No delante de las sealgair.

Cuando las facciones de la cazadora resultaron visibles para ella, la sidhe no pudo evitar fruncir el ceño. Aquel rostro le resultaba totalmente desconocido. No debería haberle resultado desconcertante o molesto, pues era consciente de que el tiempo había pasado y de que muchas cazadoras habrían nacido y crecido en esos años, o que aquella que esperaba que fuera a recibirla tal vez estuviera ocupada, o incluso podría

haber cambiado de poblado. Puede que aquel lugar hubiera dejado de estar al mando de la Bruma Roja.

La inmortal no conocía a la mujer joven y de cabello oscuro recogido que se encontraba plantada delante de ella, preparada para atacar, pero ella a la sidhe sí. Su mirada oscura se lo dijo. Había reconocimiento en sus ojos, y no solo eso; una mezcla entre sorpresa y desconfianza teñían el color castaño claro de su mirada y trazaban pequeñas pero profundas arrugas entre sus cejas y a los lados de la boca. El olor que emanaba la cazadora era fuerte, producto de sus emociones y de sus compañeras, que estaban ocultas detrás de ella. La feérica podía sentirlas aun sin verlas, podía imaginárselas vibrando detrás de aquella mujer como un panal de abejas enfadadas.

No la habían olvidado. Por supuesto que no. Y no solo eso, sino que también la temían. Nunca había pretendido suscitar aquella emoción en quienes en su día había considerado aliadas, pero no pudo evitar que una parte no demasiado recóndita de su cabeza sintiera regocijo ante esa reacción. No se merecía menos. No después de todo lo que había hecho y de lo que había arriesgado.

La sonrisa de la sidhe se hizo más amplia y, en esta ocasión, fue sincera.

—Empezaba a pensar que os habíais olvidado de mí.

Su voz fue baja y dulce, aterciopelada incluso. Un tono amistoso teñido de burla mal disimulada.

La sealgair, cuando habló, usó un tono muy diferente. Más frío y duro, como un pedernal cortando el aire entre las dos.

—Nadie podría olvidarse nunca de ti, Awen.

Capítulo 2

El campamento apenas había cambiado desde la última vez que estuvo allí. Puede que fuera un poco más pequeño, que hubiera alguna casa menos, pero todas seguían estando hechas de madera de serbal y barro, con el mismo aspecto provisional. Los establos seguían en el mismo lugar que por aquel entonces, y el olor que desprendían, a heno y a las respiraciones cálidas de los caballos, era palpable en el aire, entremezclado con el de la madera de serbal. Las construcciones en las que habían vivido los sidhe en los meses que habían pasado detrás de los muros del campamento habían desaparecido. A Awen ese detalle no le sorprendió lo más mínimo; las sealgair podrían haberlos aprovechado, pero dudaba que ninguna de ellas hubiera querido ocuparlos. Estarían impregnados con el olor de los inmortales y seguramente les resultaría desagradable a la vez que indebido ocuparlas después de que hubieran vivido los sidhe en ellas. A Awen tampoco le habría sorprendido que hubieran escavado una nueva red de túneles bajo el campamento o que los hubieran limpiado de algún modo tras su marcha.

Awen se fijó en esos detalles deliberadamente para no pasear su mirada con demasiado detenimiento por las caras que la rodeaban. En las centinelas que se encontraban en lo alto de los muros de estacas, observándola mientras seguía a la mujer que la había recibido, a las cazadoras que se encontraban a sus espaldas, armadas, igual que todas aquellas con las que se cruzaban. Sentía sus miradas clavadas en ella, en su espalda, en su rostro, y en su cuerpo. No le dirigió una mirada directa a ninguna de ellas; solamente se limitó a hacer un barrido visual al entrar, con una sonrisa de suficiencia en su rostro, lo bastante tirante y abierta como para que las puntas de sus colmillos asomasen por encima de su labio inferior.

Sin embargo, podía sentir lo que estaban pensando. Podía olerlo a su alrededor, vibrando en sus fosas nasales y en su paladar. Sorpresa, por supuesto, mezclada con el desconcierto, y también con la desconfianza y el desagrado. Esto último por el hecho de tener a una feérica mayor entre dentro de su campamento, en el corazón de su comunidad. Viva, sin ataduras. El resto de emociones nacían no solo del hecho de lo que Awen era, sino de su apariencia.

Se acordaban de ella, sí, aunque algunas de las caras en las que reparó eran demasiado jóvenes como para haber nacido cuando ella estuvo allí, entre ellas la mujer que la había recibido, pero las historias entre las sealgair, igual que entre los feéricos, pasaban de generación en generación y se mantenían con todo lujo de detalles. Awen no era la chiquilla de catorce años que había llegado a aquel campamento con una flecha apuntando entre sus omóplatos. Ahora, era una mujer. Una joven de alrededor de veinticinco años, de baja estatura para ser una feérica,

con una larga melena de ondas de color castaño oscuro con reflejos cobrizos, suelta y sin diferentes alturas por un corte de pelo mal hecho. Su piel presentaba un color rosado saludable, su cuerpo tenía la gracia y la agilidad propias de la criatura que era, la elegancia y la seguridad de un cazador que se mueve sin miedo, sabedor de que se encuentra en la cima de la cadena alimenticia. Sus ojos marrones brillaban con una luz conocida, pero más ardiente.

Y su esencia… su aroma no era el de una niña que todavía no había afrontado el viaje a la muerte que le haría alcanzar la inmortalidad completa. Sino el de una feérica adulta que albergaba en su interior todo el poder que alguien como ella podía contener. Una inmortal plena.

Awen dejó que la contemplaran abiertamente. No se escondió; ya lo había hecho durante los primeros catorce años de su vida, debajo de la tierra, entre la penumbra húmeda y las sombras que proyectaban los barrotes de las celdas y las raíces. Dejó que percibieran su poder y su inmortalidad, que se embebieran de su imagen joven y fuerte. Que sacasen conjeturas. Ella ya se encargaría de corroborarlas. O de desmentirlas.

Awen tenía el poder de decidir si hacía cualquiera de las dos cosas. Se lo había ganado a pulso muchos años atrás. Y eso la hacía sentirse invencible, aun con la daga envainada en su cinturón. La sangre seca que todavía seguía incrustada entre las piedras preciosas y el oro había sido el comienzo de todo.

La llevaron a una construcción que se encontraba en el corazón mismo del poblado. Se diferenciaba del resto porque en lugar de ser cuadrada o rectangular, era completamente redonda, sin esquinas. Incluso el tejado era distinto, hecho de losas de pizarra negra en lugar de fardos de paja. El interior no estaba dividido en habitaciones, sino que se componía de una única estancia, amplia y despejada. Olía a serbal de cazador y a nébeda, junto con el aroma suave y aterciopelado del cuero viejo. No había armas a la vista por ningún lado, ni colgadas de las paredes ni apoyada contra ellas, en el suelo. Sin embargo, aquel era el lugar donde se planeaban los ataques deliberados de las sealgair del poblado, así como otras acciones conjuntas con otros campamentos. Allí era donde Awen había negociado con Moira y las demás Nighean Stiùiridh el rescate de los sidhe de Elter.

El único adorno, aparte de una robusta mesa redonda de roble que ocupaba casi toda la estancia y varias sillas a su alrededor, era las plumas negras clavadas en las paredes. Plumas de cuervo. Había un ramillete generoso colocado en el extremo opuesto a la puerta de entrada, y varias plumas sueltas lo rodeaban, al pequeño ramo y a todas las que se encontraban en la estancia.

Awen echó un vistazo a su alrededor, tratando de encontrar algún detalle que se hubiera alterado a lo largo del tiempo en aquella choza reservada

para las reuniones importantes. Pero todo seguía igual. Todo en aquel lugar parecía haberse quedado suspendido en el tiempo desde que ella se había marchada hacia el suroeste con su familia y su gente. La única evidencia del paso del tiempo eran los rostros desconocidos.

Cuando la puerta se cerró tras ella con un chasquido, Awen reparó con más detenimiento en las mujeres que la rodeaban. Contando a la que había salido a recibirla, había nueve cazadoras en la pequeña estancia, colocadas a la misma distancia las unas de las otras, y con un espacio prudencial entre ellas y la feérica. La más cercana se encontraba detrás de ella, a sus espaldas. Podía sentirla respirando con pesadez, aunque no con nerviosismo; no más que el resto de sus compañeras.

Awen aguardó a que terminasen de encender las lámparas de aceite que colgaban de las paredes y las velas que había sobre la mesa. Las cazadoras se movían con eficiencia y precisión, con movimientos fluidos y elegantes. Un remanente de su ascendencia feérica. Un recuerdo de que descendían de los humanos, sí, pero también los sidhe.

Los labios de Awen se estiraron un poco más con ese pensamiento.

Cuando las sealgair terminaron de iluminar la estancia, la feérica cambió el peso de un pie a otro, para acomodarse para lo que vendría a continuación. Las largas y silenciosas peleas sin golpes ni palabras podían ser más extenuantes que cualquier otra.

La mujer que había salido del poblado para recibirla se encontraba delante de ella, encarándola, situada en el lado contrario de la mesa en el que se encontraba Awen. Justo debajo del ramillete de plumas de cuervo.

Awen aguardó pacientemente durante unos instantes, pero cuando la voz de ninguna de las presentes sonó en la estancia, fue ella la que decidió comenzar aquella nueva ronda de negociaciones.

— ¿Quién es la Nighean Stiùiridh del poblado?

—La tienes delante ahora mismo —contestó la cazadora.

Awen evitó fruncir el ceño mientras miraba con más detenimiento a la mujer. Su apariencia era joven todavía, tal vez de poco más de treinta años, teniendo en cuenta los escasos cabellos grises que brillaban con un tono plateado en sus sienes, y por las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y de su boca, aunque podían haber aparecido debido a su gesto serio. Sus ojos eran oscuros, con algunas motas de color miel que le daban un aspecto lobuno, junto con su nariz afilada y su boca larga de labios finos.

La marca de Morrigan era visible en la base de su cuello. Una mancha de pigmentación extraña con una forma alargada y deshilachada, como una

pluma. Una marca que todas las cazadoras al servicio de la diosa compartían. Y la llevaban con orgullo.

No todas podían exhibirla como lo hacía aquella mujer, pues en muchas ocasiones aparecía en partes del cuerpo más discretas. El recuerdo de una marca idéntica en la doblez del codo de otra cazadora provocó su siguiente pregunta:

— ¿Y Brianna? Era la hija de vuestra líder cuando yo estuve aquí —comenzó a explicar al ver que la mujer fruncía el ceño—. Se llamaba Moira…

—Sé de quién estás hablando —cortó la hija líder con dureza—. Murió hace más de cuatro décadas.

Awen no pudo evitar dar un respingo en el sitio.

Cuatro décadas… cuatro décadas no era tanto tiempo. Por lo menos no para los inmortales. Luego de alcanzar la inmortalidad completa, el paso del tiempo se sentía de manera distinta para ellos. Samhain marcaba el comienzo de un nuevo año, sí, pero a partir de ahí, los días se sucedían uno detrás de otro con cierta monotonía, los cambios solo se reflejaban en el mundo que los rodeaba, en el paso de las estaciones y en las diferentes festividades.

Para Awen, que había llevado una vida relativamente tranquila desde que abandonó Elter, aquellos años apenas habían significado nada. Para las sealgair, mujeres mortales que se enfrentaban a serios peligros día tras día, había sido muy diferente.

Tragó saliva para intentar deshacer el nudo de emoción que se había formado en su garganta antes de hablar.

—Luchando contra inmortales, supongo.

—No —contestó la cazadora con voz neutra—. Ella fue una de las pocas de nosotras que murió por la edad. Era una buena guerrera —añadió tras una pausa—, siempre salía airosa de sus encuentros con hadas.

Awen se quedó callada un momento, sopesando esas palabras e ignorando el hecho de que se hubiera referido a los feéricos como hadas, un apelativo que estos odiaban. El recuerdo de Brianna peleando contra los cambiaforma que la había perseguido cuando salió de Beinn Nibheis apareció en su mente. No era un recuerdo difuminado por el tiempo, sino perfectamente claro y vívido. Jamás lo olvidaría; el miedo y al mismo tiempo la fascinación y la admiración por los movimientos rápidos, certeros y elegantes, por el olor de la sangre y de la rabia y el odio mal

contenidos de ambas partes de la pelea.

Cuando el recuerdo desapareció, volvió a centrarse en el rostro de la hija líder del clan. Ladeó la cabeza muy ligeramente hacia un lado antes de preguntar:

— ¿Sois… erais familia?

—No. Nunca llegó a convertirse en hija líder del poblado —explicó después de un momento de silencio, comprendiendo lo que había detrás de las palabras de Awen—. A ella no le interesaba demasiado y aunque lo hubiera deseado, no habría tenido demasiados apoyos para conseguirlo.

Awen permaneció en silencio. Brianna le había explicado que la posición de Nighean Stiùiridh no se heredaba de madres a hijas, sino que la líder del clan era elegida entre las demás cazadoras. No se atrevía a pensar que había conocido a la sealgair lo suficiente como para saber lo que pensaba o lo que deseaba, pero no, no la veía al frente de un poblado, y menos uno tan importante como aquel. No porque Brianna no fuera una mujer capaz, sino porque le faltaba carisma, dotes de líder, y también interés, más allá del simple hecho de desear lo mejor para las suyas.

Sin embargo, lo que llamó la atención de la feérica fueron las últimas palabras de la hija líder actual. Brianna no habría tenido apoyos para convertirse en una Nighean Stiùiridh. No, claro que no. No después de lo que había hecho, intercediendo por Awen y por los suyos desde el principio. Brianna le había dicho que todos los clanes, desde los tres más importantes hasta aquellos que eran menos influyentes, se regían por una serie de preceptos básicos, pero después cada uno se diferenciaba de los demás en su manera de obrar. Los de la Bruma Roja era destacaban por ser los más benévolos de todos. En ocasiones, demasiado.

Pero ahora, décadas después, la Nighean Stiùiridh de aquel clan miraba a la feérica que había vuelto hasta ellas sin una pizca de generosidad en sus ojos de loba.

— ¿Sigue siendo un poblado gobernado por la Bruma Roja? —preguntó Awen rompiendo el silencio.

La mujer asintió.

—Así es.

Awen abrió la boca para hablar de nuevo, pero la mujer la cortó empleando un tono duro que no admitía réplica.

— ¿Por qué has venido hasta aquí, Awen? El acuerdo fue muy claro.

La sidhe no pudo evitar componer una mueca burlona con los labios, dejando a la vista las puntas de sus colmillos, a pesar del dejo peligroso que teñía las palabras de la cazadora.

—Me atrevería a decir que tú ni siquiera habías nacido cuando se llegó a ese acuerdo —contestó despacio y con cautela, pero sin poder evitar el tinte burlón que cubrió su voz.

—No —replicó la cazadora alzando la barbilla de manera casi imperceptible—. Ha pasado más de un siglo, así que no, yo no había nacido, ni tampoco ninguna de las cazadoras que viven en este poblado, pero sabemos perfectamente lo que ocurrió contigo y los tuyos.

Las comisuras de los labios de Awen pugnaron por curvarse hacia arriba al escuchar esas palabras.

—Y supongo que también sabrás que hemos cumplido con el acuerdo durante todos estos años —dijo inclinándose levemente en dirección a la Nighean Stiùiridh a pesar de la mesa que las separaba. Un mechón de cabello caoba se deslizó por su hombro con ese gesto—. Hemos permanecido en Cymru y no hemos tocado ni una sola vez a un mortal, ni tampoco hemos interactuado con ellos de ninguna manera —sonrió con travesura antes de proseguir—. Te aseguro que no hay más de las vuestras correteando por las tierras del suroeste.

La líder del clan permaneció perfectamente inmóvil mientras la feérica hablaba, pero Awen pudo ver el cambio en su mirada al escuchar esas palabras. Algo ardió en las motas doradas de sus ojos, algo que cargó el ambiente con un regusto ácido y desagradable, escociendo en la garganta de la inmortal.

Odio, comprendió. Rabia y rencor por haberles recordado, a ella y a las demás presentas, donde estaban sus orígenes.

Sabía que se estaba moviendo en terreno peligroso, encerrada en una estancia pequeña y con poco espacio rodeada de cazadoras, así que trató de suavizar sus palabras, pero sin perder el tono desenfadado.

—Si algo de eso hubiera ocurrido, vosotras os habríais enterado, estoy segura.

—Tienes razón —contestó la mujer después de una pausa en la logró recomponerse, serenando sus emociones y el fuego de sus ojos lo justo como para que a Awen no se le revolviese el estómago—. Lo que no sabemos, es cómo puede ser que te hayas convertido en una inmortal

completa.

Awen llevaba esperando algún comentario referido a ese detalle casi desde que había entrado por la puerta del campamento. Era evidente en lo que se había convertido, tanto por su apariencia como por el poder que vibraba dentro de ella.

Se limitó a encogerse de hombros antes de contestar.

—La magia que se emplea para realizar la Turas Mara no es ningún secreto, y los ingredientes que lleva el brebaje existen en este mundo.

De nuevo, aquel fuego titiló en los ojos de la cazadora. Sus emociones volvieron a embargar a Awen con tanta fuerza que tuvo que contener una arcada y el impulso de echar mano de la daga que llevaba sujeta a su cinturón cuando vio los movimientos de las demás sealgair. Apenas fueron perceptibles, pero ella sintió cómo sus músculos se tensaban debajo de sus ropas negras, listas para actuar.

— ¿Me estás diciendo —comenzó a decir la Nighean Stiùiridh muy despacio— que ahora hay una… población entera de sidhe en el mundo humano que ha alcanzado la inmortalidad completa?

—Nunca dijisteis nada de que no pudiéramos pasar la Turas Mara —replicó Awen con calma, pero también con una advertencia velada en su entonación—. No es nuestra culpa que vuestras antepasadas no atasen bien todos los cabos del acuerdo.

Las cazadoras se tensaron más todavía a su alrededor, pero ella no había dicho nada que no fuera cierto. El brebaje que los feéricos tomaban para morir antes de volver a la vida con toda su fuerza de voluntad y toda su energía estaba compuesto por unos ingredientes conocidos y fáciles de conseguir, y las palabras que se empleaban para hechizarlo eran conocidas por todos. No hacía falta que ningún experto lo crease, aunque en Elter esos elixires solían estar a la venta. Y ni Awen ni los suyos habían pensando en la posibilidad de convertirse en inmortales completos cuando salieron de Elter y abandonaron a las sealgair para dirigirse a su nuevo hogar. Pasaron varios años después de asentarse y crear una verdadera comunidad unida cuando su padre propuso la idea.

—La próxima vez que vengáis hasta Cymru a echarnos un vistazo —replicó con una sonrisa invitadora que dejaba a la vista sus dientes—, acercaos un poco más. No mordemos.

La cazadora la escrutó con detenimiento, sus ojos marrones recorriendo su rostro y su cuerpo sin prisa. Su mirada era tan intensa cuando la fijó en la de Awen que la feérica sospechó que trataba de ver a través de ella, colándose en su cabeza. Quería ver cómo habían sido todos aquellos años

para los sidhe en Cymru, lo que habían hecho, cómo lo habían hecho… Todo. Quería verlo porque no se fiaba de ella. Porque era una feérica, y no se podía fiar de alguien como ella.

A Awen no le molestó esa falta de confianza. Estaba preparada para ella. Igual que para el tono ácido y brusco que empleó para hablar a continuación, sonando casi como un gruñido animal.

— ¿Por qué has venido?

Ese pequeño detalle, el de su tono de voz, junto con la evidente tensión que emanaba de su cuerpo, le decían a Awen que probablemente no llevase mucho tiempo como hija líder. Ni Moira ni ninguna otra de las Nighean Stiùiridh con las que había tratado habían mostrado nunca esa falta de temple frío cuando era necesario. Aun así, Awen no se permitió pensar que jugaba con ventaja. No rodeada como estaba de estacas de serbal de cazador y de cazadoras de feéricos armadas hasta los dientes.

—Seguís teniendo el libro de Dagodeiwos con vosotras, supongo —aguardó unos instantes en silencio, pero cuando la respuesta no llegó, ni siquiera en forma de gesto vago, decidió continuar, esta vez empleando un tono más bajo y sugerente—. Tengo algo que puede interesaros. Una parte.

La mujer frunció el ceño y sus ojos miraron a la side todavía con más intensidad. Awen aguardó un momento antes de comenzar a moverse, llevando una mano a su chaqueta y dejando la otra en alto, para que todas la vieran. Eso no impidió que varias de las presentes preparasen sus armas.

El chasquido de las ràsair sliasaid, las espadas cortas que se desplegaban como una navaja, llenó la estancia. La cuerda de una ballesta al ser tensaba sonó con fuerza detrás de Awen justo antes de que sintiera la punta afilada entre sus omóplatos.

Se quedó muy quieta, con la mano cerca de su chaqueta. Los recuerdos volvieron a transportarla de nuevo a otro tiempo, pero en aquel mismo campamento. A aquella misma sensación en el mismo lugar, pero en lugar de una ballesta, lo que presionaba como un aguijón su espalda era la flecha preparada de un arco. Y la mujer lista para segar su vida tenía el cabello del color del trigo maduro, en lugar de ser morena. Caille, recordó Awen.

—No voy a sacar un arma —aseguró antes de mover la mano un poco más, hasta tocar la tela de la su chaqueta oscura—. La única que llevo encima es la daga. Podéis registrarme si queréis —añadió.

La idea de tener las manos de aquellas cazadoras en su cuerpo no le hacía ninguna gracia, pero estaba dispuesta a desvestirse delante de ellas si con

eso conseguía que dejasen de apuntarla con las armas y sus ánimos se apaciguasen.

La Nighean Stiùiridh volvió a estudiarla durante un momento que a ella se le hizo eterno antes de asentir con la cabeza.

—Más vale que sea cierto, feérica —le dijo, con sus ojos lobunos brillando con intensidad gracias a la luz de las lámparas.

Awen no estaba segura de si se refería al hecho de que llevase más armas encima o lo que había dicho sobre el libro de Dagodeiwos. Lo más probable era que se refiriese a ambas cosas.

Volvió a moverse despacio, con cuidado. Deslizó la mano por dentro de su chaqueta y buscó a tientas un bolsillo interior, cerrado con un pequeño botón. Sus dedos no tardaron en desabrocharlo y encontrar lo que contenía el bolsillo.

La hoja de papel, vieja y gastada, emitió un sonido quejumbroso cuando Awen la sacó de entre los pliegues de tela y la desdobló con cuidado. Dio un paso cauteloso hacia la mesa que la separaba de la Nighean Stiùiridh y colocó la hoja escrita en tinta negra sobre ella. La acercó a la cazadora, pero sin soltarla. No pensaba perder aquel manuscrito de vista ni a arriesgarse a alejarlo demasiado de ella.

La Nighean Stiùiridh se inclinó hacia delante después de lanzarle una mirada dubitativa a la sidhe. Entrecerró los ojos para poder leer lo que ponía en la hoja con la escasa luz de la estancia. Las demás se quedaron en sus posiciones, pero Awen podía sentir su atención oscilando entre ella y lo que su líder estaba leyendo en ese momento.

Los ojos de color castaño oscuro con motas ambarinas se iban desplazando con rapidez sobre las líneas escritas con una letra apretada y alargada, de aspecto agresivo. Y a medida que avanzaba, sus ojos se iban haciendo más y más grandes. La comprensión iluminó su mirada, así como la sorpresa y el desconcierto.

Awen cerró los ojos un momento, embebiéndose de esas emociones. Los abrió justo cuando la Nighean Stiùiridh levantaba la cabeza para mirarla.

— ¿De dónde la has sacado? —preguntó con voz baja y ronca, con una profunda emoción embargándola, pero eso no evitó que su tono estuviera teñido por un dejo demandante.

— ¿Importa? —preguntó Awen.

—Sí.

La sidhe estaba preparada para esa pregunta. O eso había creído. Sabía que surgiría y había intentado prepararla, delante de un espejo y también con su padre. Había murmurado para sí misma las palabras que diría cuando se encontrase con esa duda colgando delante de ella, poniendo distancia entre ella las cazadoras.

Ahora, flaqueaba. Tenía miedo de lo que pudieran pensar si les decía toda la verdad. Tenía miedo de que desconfiasen. Algunos sidhe lo hacían, incluso. Ella… ella no. No, estaba segura de quienes le habían proporcionado la información que había en aquel manuscrito. Tenía que estarlo. Era cierto que después de todo lo que había vivido en sus primeros catorce años de vida y de todo por lo que habían pasado los suyos, lo normal sería que dudase, pero habían sido los años posteriores los que le daban esperanza.

Awen se echó hacia atrás, arrastrando la hoja consigo, pero no la levantó de la mesa, aunque tampoco la soltó.

—Digamos que durante estos años hemos hecho… amigos allá a donde hemos ido —contestó con sencillez—. No humanos, por supuesto.

La hija líder frunció el ceño de nuevo. Seguía inclinada hacia delante, con una mano apoyada sobre la mesa, parcialmente cerrada, como si fuera una zarpa. Toda ella en ese momento recordaba a un animal acechando, con los músculos de su cuerpo visiblemente tensos debajo de la ropa ajustada.

Las demás cazadoras transmitían algo parecido. Todas estaban preparadas para lo que su líder les ordenase, expectantes, pero también por lo que la sidhe les había mostrado. Sabían lo que significaba, lo que implicaba si era cierto. Awen podía notar sus ansias de que así fuera traspasando el cuero curtido de sus ropas. Pero también había dudas antes las últimas palabras que ella había pronunciado.

Awen aguantó su mirada sin flaquear, a pesar de lo espeso que era el silencio dentro de la estancia. Cuando este se tornó demasiado pesado y la paciencia escapó de su cuerpo, preguntó:

— ¿Te interesa lo que tengo para vosotras o no, Nighean Stiùiridh?

La mujer se irguió de nuevo en toda su estatura con un movimiento fluido. Sus hombros se cuadraron y su pecho se hinchó antes de hablar con la cabeza alta.

— ¿A cambio de qué? —preguntó.

Awen cambio el peso de su cuerpo de un pie a otro con sutileza. Aquello también se lo había esperado. Los feéricos tenían una más que merecida fama de embusteros y de estafadores, siempre buscando algún recoveco en los tratos que hacían tanto con mortales como con inmortales para salir beneficiados.

Esta vez, Awen no dudó cuando contestó.

—A cambio de algo que también os beneficiará a vosotras.

—Déjate de rodeos, feérica —gruñó la Nighean Stiùiridh cerrando los puños y enseñando los dientes por detrás de los labios—, y ve al grano de una vez.

Awen le devolvió el mismo gesto. Sus caninos largos brillaron rojizos y dorados con la luz de las lámparas, como si estuvieran manchados con una mezcla de sangre y oro. Como si estuvieran engalanados de la misma manera que la daga que llevaba consigo desde que había escapado de Elter.

Las armas y los músculos volvieron a hacer ruido a su alrededor. Una flecha preparada en una ballesta se apretó de nuevo contra su espalda, pero Awen no permitió que ese gesto la desatase. Tomó una bocanada de aire despacio, tratando de no centrarse en las emociones que lo cargaban y que le revolvían el estómago. En el serbal de cazador que hacía que el pecho le escociese, la rabia y el odio primigenios que provocaba una sensación ácida en su garganta, como si la bilis hubiera subido de su estómago y que la hacía querer soltar sobre ellas.

Cuando se sintió lo bastante serena como para que la voz no le temblase, preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

La Nighean Stiùiridh se echó hacia atrás. Fue un movimiento muy leve, pero también muy brusco, por lo que no pasó desapercibido para Awen. El rostro de la líder se crispó, de nuevo con desconcierto, y también desconfianza. Awen casi podía escuchar el ronroneo de sus pensamientos acelerados, tratando de encontrar una razón de la que ella podría sacar algún beneficio sabiendo su nombre.

La feérica hizo un gesto ligero con la mano, tratando de restar importancia a la pregunta y de suavizar la tensión.

—Tú sabes mi nombre, creo que es justo que yo conozca el tuyo, si nos

estamos tratando de igual a igual.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con cuidado, pero al mismo tiempo con firmeza. Porque ella sinceramente creía que era así. La Nighean Stiùiridh era la representación de las mujeres de aquel campamento y de su diosa madre, Morrigan. Awen estaba allí para expresar los deseos de su pueblo y para trasladar el apoyo que tenían por parte de sus dioses. Si no fuera así, lo que la sidhe planteaba allí, sobre la mesa, no sería posible.

Tras un momento de vacilación que a Awen le resultó pesado y eterno, la mujer contestó.

—Elvia.

Awen se limitó a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza, y al mismo tiempo de reconocimiento. La inclinación leve y respetuosa que una igual le haría a otra.

—Tenéis la otra mitad, ¿verdad? —preguntó a continuación, deseosa de seguir con lo que más interesaba.

Elvia volvió a mirarla con detenimiento, aunque en esta ocasión con un gesto levemente más relajado. Muy levemente, pero Awen pudo notarlo, tanto en sus facciones como en la esencia que emitía.

Los ojos lobunos de la sealgair se desplazaron hacia la hoja que seguía en la mesa. A la lista de objetos necesarios para llevar a cabo el objetivo final de los sidhe, y también de las cazadoras. Una promesa en forma de listado.

—Dime de donde lo has sacado —susurró Elvia volviendo a mirar a la sidhe.

—De alguien que no es de este mundo ni del de abajo.

La cazadora se quedó muy quieta. Su pecho apenas se movía y sus ojos, de nuevo, estaban clavados en Awen. Sopesando sus palabras con cuidado. Con mucho cuidado. Mientras, la sidhe aguantaba su escrutinio con tranquilidad. No había dicho ninguna mentira. Quien le había proporcionado aquella lista de elementos, quien se los había susurrado a través de la sangre contenida dentro de una piedra que se alzaba hasta parecer que tocaría el cielo, no pertenecía a ningún mundo conocido. Ni al de los feéricos, ni al de los mortales, aunque sí había influido en ambos.

— ¿Cómo sé que esto no es un truco? —preguntó Elvia— Que lo que hay en

ese manuscrito no es falso.

Awen no pudo evitar soltar un suspiro cansado.

—Se lo dije a tus antepasadas en su día y te lo repito a ti, Elvia, no somos tan diferentes, y tenemos intereses comunes. Yo puedo ayudaros y vosotras podéis ayudarme a mí.

—Si vamos a colaborar de nuevo, necesito detalles, Awen —la Nighean Stiùiridh se pasó la lengua por los labios y perdió parte de la tensión que atenazaba su cuerpo antes de continuar hablando. Ella también comenzaba a estar cansada y por lo que Awen podía percibir, la esperanza también estaba empezando a clavar sus garras en la piel de la mortal, tratando de escurrirse en su interior—. Comprenderás que, por muy familiares que podamos ser, no puedo ignorar tu naturaleza.

Awen se mordió el interior de la mejilla para contener el primer comentario que le vino a la boca, subiendo ácido y espeso por su garganta, igual que la bilis.

Ni ella ni los suyos eran como ellos. No eran iguales, nunca lo habían sido, ni nunca lo sería. Sus hermanos lo habían dejado bien claro en el momento en el que los condenaron a vivir bajo la tierra de su mundo. Y el resto los había apoyado mirando hacia otro lado.

Pero cuando abrió la boca para hablar, Awen no le dijo a Elvia nada de eso. Le contó la verdad; a medias, al menos.

Le habló de cómo habían sido los más de cien años que habían pasado alejados de las tierras altas en líneas generales. Le habló de aquel con quién habían contactado y les había ayudado a crear aquella lista de objetos; cómo lo habían conocido, a dónde había vuelto para llegar hasta él. Le habló de la piedra rota por la mitad de cuyo interior manaba sangre roja y palpitante, la más poderosa que cualquiera de los dos mundos hubiera conocido. Una sangre que unía y dividía al mismo tiempo.

La habló de una tierra escondida dentro de una montaña, protegida de las miradas indiscretas por un banco de niebla. De las posibilidades que les ofrecía a los sidhe, de la vida que llevaban allí ahora, lejos de los humanos, pero cerca al mismo tiempo. Lejos de los feéricos, y al mismo tiempo, a su lado. Un mundo aislado y desconocido, pero no olvidado por los dioses. Dioses que después de todo tampoco los habían olvidado a ellos, a sus hijos. Padres dispuestos a ayudarlos, a cambio de un precio, por supuesto, pero nada que no pudieran asumir.

Le habló también sobre el Libro de Dagodeiwos, de lo que había averiguado sobre su magia y sobre los hechizos y las historias que se habían perdido a lo largo del tiempo. Los dioses sabían que ahora se

encontraban en manos de las cazadoras, y también estaban en conocimiento de las partes que habían desaparecido, porque podían sentir su existencia. Después de todo, aquellos manuscritos contenían parte de su esencia. Y estaban disgustados con sus otros hijos, muy, muy disgustados. Un desprecio tan grande a sus esfuerzos por ayudarlos a llevar una vida mejor, más llena de poder…

Estaban tan molestos que estaban dispuestos a volver a susurrar los conocimientos perdidos a quien quisiera escucharlos y hacer buen uso de ellos. Pagando un precio, claro.

Y eso habían hecho los sidhe para conseguir lo que Awen traía consigo, aunque ella no especificó el qué. Le dijo con todo lujo de detalles lo que quería hacer con el conjuro que daba sentido a aquel listado de elementos. Lo que quería que ocurriera una vez estuviera hecho. Solamente en esa parte de su historia no se dejó absolutamente nada sin decir. Porque las sealgair, al fin y al cabo, eran como ellos, como los sidhe. Tenían un enemigo común. En el fondo querían lo mismo.

Y porque al fin y al cabo, ellas también tenían sangre feérica corriendo por sus venas. Un linaje que corría muy espeso en su interior. En caso contrario, no serían las criaturas que eran. Protectoras, sí, pero también cazadoras, y eso implicaba lucha, violencia y sangre. Todo lo que les gustaba a los inmortales.

Por eso Awen no escatimó en detalles con lo que haría una vez la piedra fuera colocada y el hechizo estuviera activo.

Elvia la escuchó con atención, sin decir nada. Sus ojos se agrandaron un momento, pero apenas se movió durante todo la historia que Awen le relató. Sin embargo, no puedo ocultar sus sentimientos. Sobre todo aquellos que le produjeron saber los planes de los sidhe para el después.

Las volutas doradas de sus ojos brillaron con más intensidad, reflejando la luz de la estancia y del atardecer rojizo que se filtraba entre las estacas de serbal que componían las paredes de la estancia. Las plumas de curvo se ondularon levemente, mecida por la brisa que se colaba entre las juntas de madera y por la voz de la sidhe que hablaba, atentas, expectantes.

Awen tomó una profunda bocanada de aire cuando las palabras dejaron de salir de su boca. Sentía la garganta seca y la sangre arrullando sus sentidos, haciendo que sus dedos hormigueasen de excitación.

Aguardó por la respuesta de Elvia, que se la había quedado mirando, embargada por sus propias emociones y por las de quienes las rodeaban, igual de emocionadas y excitadas. Sabía que estaba conmocionada por todo lo que le había contado, por toda la información soltada de golpe. La sorpresa y la contrariedad ante ciertas decisiones y acontecimientos, la

admiración por otros, incluso. Pero sobre todo, lo que más la llenaba por dentro era la sed. El anhelo por aquello que Awen le había descrito al final.

Los labios de la sealgair se estiraron formando una sonrisa complacida y cansada.

—Entonces, ¿tenemos otro trato?

Capítulo 3

Se quedó a pasar la noche en el poblado, en el establo de los caballos, igual que la primera vez, pero apenas durmió. No quería reconocerlo en voz alta, ni siquiera para sí misma, pero no terminaba de sentirse segura dentro de aquel poblado. Puede que las mujeres que allí vivían supieran quien era por lo que habían escuchado de ella, pero no la conocían de verdad. Para ellas, era el personaje de un cuento de esperanza y de lucha contra el destino impuesto por unos dioses caprichosos y volátiles, no mucho más. Bueno, también era una feérica, lo que complicaba más las cosas, pero por lo menos había conseguido que Elvia la escuchase y que aceptase lo que le ofrecía. Primero tendría que hablarlo con las demás Nighean Stiùiridh, por supuesto, y llegar a una decisión final llevaría tiempo, pero por lo menos aquello era un comienzo.

Esta vez, sin embargo, no pensaba quedarse hasta que tuvieran un veredicto. Ya había aprendido que con las sealgair los días pasaban penosamente lentos aguardando por una de sus transcendentales decisiones, así que había acordado reunirse con Elvia en aquel poblado dentro de un mes.

No fue solo la desconfianza ante un posible ataque lo que le impidió dormir esa noche. Una emoción quizás todavía más molesta la hacía revolverse entre la paja y debajo de la manta que le habían dado, pintando una sonrisa estúpida en los labios.

Esperanza.

Ilusión ante la perspectiva de lo que estaba por venir.

Hacía mucho tiempo que esa emoción se había instalado debajo de su piel, sobre todo con los acontecimientos de los últimos años… Todo lo que habían descubierto, todo lo que habían aprendido, todo lo que habían logrado… Awen no se había permitido hacerse demasiadas ilusiones. Antes de llegar a las tierras altas y a aquel poblado tenían posibilidades de que el objetivo final de los sidhe se viera cumplido, pero ahora era una realidad. Ahora, rezuma fuera de su piel, escocía de una manera que hacía que tuviera ganas de levantarse y saltar y gritar y correr a la montaña para atravesar hasta el otro lado y escupirles en la cara a todos y cada uno de los feéricos que vivían en la tierra conocida de Elter.

Ahora, la perspectiva de conseguir vengarse por todo lo que habían vivido ella y los suyos a lo largo de los siglos desde el final de la Gran Guerra Inmortal, era real. Muy real.

Cuando salió del poblado las estrellas todavía brillaban en el cielo de color rosado, pero pronto dejarían de hacerlo. A esas horas, lo feéricos que

pudieran rondar el bosque que rodeaba el campamento estarían replegándose por fin para dormir luego de una larga noche de diversión a su manera. Awen solo se despidió de Elvia, que fue la única que la acompañó hasta las puertas de salida. Las únicas palabras que intercambiaron fueron para recordarse su próxima reunión dentro de un mes.

Caminó con paso ligero a pesar de la noche en vela. Sentía el cuerpo liviano y una sonrisa bobalicona tironeando de las comisuras de sus labios. Las puntas afiladas de su camino asomaban por encima de su labio inferior, y la daga que llevaba sujeta a su cinturón destellaba cuando la luz del sol se filtraba entre la espesa cobertura vegetal que cubría su cabeza. El verano no era una estación que se dejase notar con fuerza en aquella parte del mundo humano; siempre llegaba con retraso con respecto a las tierras del sur, y también se marchaba antes. El sol no calentaba con tanta fuerza y los días luminosos y cálidos se veían constantemente amenazados por nubes grisáceas y caprichosas y ráfagas frescas de viento. Si en aquel momento una borrasca hubiera azotado su cuerpo y el bosque que la rodeaba, a Awen poco le habría importado. Se encontraba ensimismada en su propia alegría, la cual tratada de contener con un considerable esfuerzo para que no la distrajera demasiado de las posibles amenazas que pudieran pulular por aquel lugar y para que no delatasen su presencia a quien pudiera olerla.

El sol marcaba el mediodía sobre su cabeza cuando llegó al pueblo humano donde había dejado a su acompañante antes de dirigirse al campamento de la Bruma Roja la tarde anterior. Cuando distinguió sus límites en la distancia su buen humor se nubló y apretó el paso. Durante la noche había sido incapaz de dormir por la alegría y la esperanza ante lo que había conseguido, sí, pero también por el miedo ante lo que le pudiera haber pasado a quién se había refugiado entre los humanos, oculto a su mirada, mientras ella negociaba con las cazadoras.

Era listo, se dijo mientras caminaba entre las casas de piedra clara y los techos de pizarra, poco más grandes que una cabaña. Sabía pasar desapercibido, incluso para los feéricos que llevasen décadas sin ver ni oler a un sidhe. Su especialidad era esa, en realidad; hacerse invisible sin emplear ningún tipo de hechizo.

Awen serpenteó entre los humanos con los que se cruzaba con cuidado de no tocarlos, arrugando el ceño ante su extraño olor, aunque no exactamente desagradable. Simplemente era diferente a cualquier cosa que hubiera en el mundo de los inmortales, y ella estaba desacostumbrada a él. La recordaba a algo vivo marchitándose, acercándose poco a poco a su fecha de término.

No solo fue ese aroma lo que le hacía arrugar el ceño. El lazo que la unía a Elter tiraba cada vez con más insistencia de su pecho, cerrándose en torno

a sus costillas con fuerza. Tampoco recordaba lo que era sentir esa debilidad, esa falta de aire y de energía en sus músculos.

Lo encontró sentado en una valla de madera que comenzaba a pudrirse y que servía para delimitar el recinto de un rebaño de ovejas con un pelaje asombrosamente blanco y algodonoso. No había sido consciente de lo ansiosa que estaba por vislumbrar su alta y elegante figura coronada por una cabellera rubia hasta un suspiro de alivio escapó de sus labios.

Se acercó a él con pasos ligeros y silenciosos, pero por la manera en la que inclinó levemente la cabeza hacia la derecha, el lado por el que Awen se le aproximaba, ella supo que la había detectado. Apoyó los brazos sobre la valla, sin decir nada y sin mirarlo a la cara, y echó un vistazo a los humanos que se encontraban del otro lado, hablando en aquel nuevo idioma que era capaz de comprender pero que le resultaba extremadamente desagradable.

Los mortales estaban haciendo algún tipo de trato por los animales que se encontraban dentro del corral. Awen no pudo evitar ser transportada por un instante a un tiempo muy lejano, pero que sin embargo se había quedado grabado a fuego en su memoria. Un tiempo en el que ella había sido como una de aquellas ovejas, solo que más famélica y sucia, expuesta para ser comprada.

Apartó esos recuerdos girando la cabeza para mirar al sidhe que se encontraba a su lado.

— ¿Espiando a los humanos?

Él se encogió de hombros, un gesto indiferente pero que hecho por él, una criatura inmortal, estaba lleno de gracia y elegancia.

—Tenía curiosidad por saber qué había cambiado desde que nos fuimos.

— ¿Conclusión? —preguntó ella enarcando una ceja con sorna.

—Nada —contestó él sin apartar la mirada de los hombres que señalaban a una madre y a su cordero y hablaban de lo que Awen supondría que sería el precio a pagar por ambos—. No han cambiado nada. Han aprendido a hacer algunas cosas nuevas, han hecho nuevos progresos… pero siguen siendo las mismas criaturas ingenuas y soberbias. No entiendo qué les ven los demás feéricos —finalizó arrugando los labios en una mueca que dejó a la vista sus largos caninos superiores.

Awen se quedó callada un momento, sopesando aquellas palabras mientras ella también mirada a los mortales.

—Supongo que el hecho de que se parezcan a nosotros, a los feéricos mayores, les genera curiosidad —replicó finalmente.

Había pensado en aquella posibilidad en más de una ocasión, pero nunca se había atrevido a expresarla en voz alta. Era tremendamente atrevida, pero ella la veía totalmente factible. En muy contadas ocasiones los feéricos menores podían enfrentarse a los inmortales mayores y salir victoriosos. Puede que jugar con los humanos fuera para ellos como una especie de sustitutivo, aunque lo hicieran de manera inconsciente.

— ¿Crees que juegan con ellos por eso? —preguntó él a su lado, haciéndose eco de sus pensamientos no pronunciados— Porque es una manera de… abusar de nosotros en una versión más débil. De los sidhe y los fae, quiero decir.

Awen arrugó el ceño al escuchar ese nombre. Siempre lo hacía. Era un gesto que no había sido capaz de cambiar en más de un siglo, y probablemente nunca lo consiguiera.

—Sinceramente, ni lo sé ni me importa, Drake.

Se arrepintió de sus palabras en el momento que salieron de su boca, así como del tono con el que las había pronunciado. Frío, cortante y rápido. Un tono que sonaba como una bofetada y que no admitía réplica.

Apretó los dientes con fuerza y volvió a mirar a su hermano, que se había quedado completamente mudo y quieto a su lado, pero Drake no la estaba mirado. Una vez le había dicho que no le importaba que le hablase de aquella manera, que entendía que podía ser irritante con sus dudas y sus preguntas para las que muchas veces no tenía una respuesta clara y directa. Además, con el tiempo se había acostumbrado a aquel tono de voz que se sentía como un golpe seco. Su padre era muy dado a utilizarlo. Sobre todo con él.

Awen quiso extender la mano hacia su hermano, entrelazar los dedos con los suyos, pero en lugar de eso se lo quedó mirando, entrecerrando los ojos para que el sol no la cegase. Drake era una criatura increíblemente hermosa incluso entre los feéricos mayores. Su cuerpo extraordinariamente alto, de miembros largos y delgados, se movía siempre con una ligereza y una elegancia asombrosas para su hermana mayor, que apenas le llegaba a la mitad del pecho. Su cabello de color rubio claro siempre estaba limpio y bien peinado; él se aseguraba constantemente de que así fuera. Un gesto demasiado vanidoso, pensaban algunos, y que hacía rechinar los dientes de su padre. Sus grandes ojos de color castaño oscuro, idénticos a los de Awen y a los de Kellan, destacaban contra la palidez levemente rosada de su piel. A pesar de que el parecido con su hermana y su padre era evidente, Drake no había heredado los ángulos afilados y ligeramente bruscos de su rostro.

Sus facciones eran más suaves, dulces incluso; idénticas a las de la madre que lo había traído al mundo si esta hubiera estado bien alimentada. Esos rasgos, junto con las pestañas largas y espesas que perfilaban sus ojos, varios tonos más oscuras que su cabello, y los labios de trazo sensual hacían que sus facciones tuvieran una cierta apariencia femenina que solo aumentaba su atractivo físico.

Los ojos de Awen descendieron del rostro de su hermano hasta su cuerpo, cubierto por una camisa de color azul claro y unos pantalones oscuros y ceñidos; una chaqueta del mismo color y con diseño de hojas de color oro en los puños descansaba a su lado, entre su hermana y él. A Drake le gustaba vestirse con ropas de corte sencillo y colores neutros, con algún diseño intrincado, sutil y no demasiado recargado. Sin embargo, todas las prendas que se ponía lo hacían parecer… distinguido. Como los lores fae para los que Awen había servido antes de escapar de Elter.

Como un Hijo Predilecto sin trono, ni corona ni territorio, había pensado Awen una vez muchos años atrás, cuando su hermano ya había pasado la Turas Mara. Aquel día iba vestido casi enteramente de negro, lo que hacía que su figura pareciera todavía más alta y estilizada. El estampado de su chaqueta, de un color gris muy oscuro que a la luz se veía plateado, se extendía por su torso y por su espalda como si se tratase una maraña de zarcillos, o como los relámpagos de una tormenta furiosa.

Awen se había obligado a apartar aquellos pensamientos rápidamente de su cabeza, y se los había reprochado con una mueca de asco en los labios.

Su padre odiaba que Drake se vistiera de aquella manera tan refinada y presumida. Tan parecida a la vestimenta que usaban los fae de la nobleza que los habían sometido durante generaciones. Drake lo sabía, y aunque bajaba la mirada con sumisión cada vez que Kellan se lo hacía saber, ya fuera con palabras o con una simple mirada, él se negaba a renunciar a aquellas ropas. A su pelo siempre bien peinado, a su rostro sin sombra de barba y a sus cejas siempre arregladas. A los detalles que lo hacían destacar entre los sidhe que lo rodeaban y que hacían que estos apretasen los dientes en silencio, a pesar de seguir siendo la misma criatura callada y de mirada esquiva que cuando tenía cinco años.

Poco quedaba del niño sidhe que había salido de debajo de la tierra cubierto de suciedad y con un cuerpo esquelético. Solo aquel velo permanente de tristeza en sus ojos oscuros y las falanges que le faltaban en el dedo anular y en el meñique de su mano izquierda hablaban de aquella existencia dura y miserable.

Awen se humedeció los labios antes de hablar de nuevo.

— ¿No vas a preguntarme como me ha ido con las sealgair?

—Ya sé que las has convencido —replicó él girándose para mirarla—. Te brillan los ojos y tienes una sonrisa en la boca.

Awen compuso una mueca burlona y le echó la lengua a su hermano pequeño. Él se limitó a sonreírle sin mostrar los dientes.

El silencio se instaló entre ellos, ligero y confortable, solo interrumpido por los validos de las ovejas y los ruidos de los humanos que los rodeaban, ajenos a los feéricos que se encontraban entre ellos y a sus planes de futuro, en los que ellos también se verían implicados llegado el momento. Sin embargo, igual que los inmortales que se movían entre ellos, eso también les pasaría desapercibido. Felices ignorantes…

Ni siquiera habían notado lo que acontecía ya ahora en sus tierras.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo de arriba abajo, recordando la conversación que había tenido con Elvia en la que ella también la ponía al día sobre cómo habían sido aquellos años para las cazadoras. Un puño helado se cerró alrededor de su estómago cuando la mirada lobuna de la hija líder teñida de dolor e incluso miedo llenó sus pensamientos.

Las palabras salieron de la boca de Awen con sorprendente ligereza, sin dejar traslucir los sentimientos que la inundaban por dentro.

—No les ha ido bien en los últimos años. A las sealgair.

Drake frunció el ceño a su lado.

— ¿Qué quieres decir?

—Llevan más de una década en una guerra abierta contra los feéricos.

De nuevo, solo volvieron a escucharse sonidos de animales y de humanos a su alrededor. Awen se giró para mirar a su hermano cuando sintió su mirada oscura clavada en ella con intensidad.

—Son sealgair —dijo Drake despacio—, siempre han mantenido una especie de… guerra con los inmortales.

Awen negó con la cabeza,

—Esta vez es diferente. Los fae —pronunció despacio, sin poder evitar que el odio y el asco impregnasen cada letra de ese nombre— se han unido a los feéricos salvajes para luchar contra ellas.

—Eso…

—Está ocurriendo —cortó Awen con suavidad, pero al mismo tiempo con firmeza—. En este momento —hizo una breve pausa para tragar saliva y conseguir pronunciar las palabras que venían a continuación—. Tres Casas están enviando soldados de sus ejércitos para luchar con los feéricos de Tierra de Nadie contra ellas. Quieren… reclamar sus derechos para divertirse en este mundo. A las sealgair no les está yendo bien —repitió bajando la voz—. Están muy diezmadas.

Esa era la explicación de por qué cuando entró en el campamento de la Bruma Roja había tenido la sensación de que había menos casas. Efectivamente había menos, porque no eran necesarias.

La Guerra Mortal había comenzado sin previo aviso para las sealgair poco más de diez años atrás. Al principio pensaron que los ataques fae a sus poblados se debían a represalias por la muerte de otros feéricos mayores durante el flùr le fuil de las familiares de las Nighean Stiùiridh. Pero esos fae portaban escudos en sus vestimentas y en sus armas. Un ciervo y un ranúnculo, un lobo y una rosa, y un felino de montaña y un ciclamen. La Luz y el Aliento, la Tierra y las Espinas, y el Agua y el Cristal. Y los guerreros fae no iban solos. Iban acompañados de otros feéricos que no respondían ante ninguna Casa. Inmortales de la Tierra de Nadie. Esos, le había dicho Elvia, eran los más sanguinarios y despiadados de todos.

Awen apenas había podido creerse que los fae, cuando atacaban, lo hacían de manera limpia, sin sufrimiento y sin derramar más sangre de la necesaria, pero las palabras de Elvia habían sonado sinceras en su boca cuando las pronunció. Los feéricos menores eran otra cosa muy distinta. Iban armados con sus propias espadas cortas, arcos, puñales, dagas… pero también con otras con el escudo de alguna de esas tres Casas grabados. Ellos sí eran sanguinarios, despiadados. No les importaban las muertes lentas, sino todo lo contrario. Las buscaban. Elvia se había estremecido al contarle a Awen que sabían que algunas de las suyas, en otros campamentos, habían muerto quemadas en hogueras hechas con madera de serbal de cazador.

Aquella guerra entre los dos mundos había cogido a las sealgair con la guardia tan baja que cuando se dieron cuenta de las dimensiones de la situación, para muchas ya era demasiado tarde. Doce de los veintisiete poblados que existían en las tierras altas habían desaparecido, y también lo había hecho el linaje de uno de los clanes menores. Los que quedaban habían sufrido ataques y, aunque todavía sobrevivían, las bajas en sus filas habían sido considerables. Tanto, que Elvia se había atrevido a confesarle que muchas cazadoras daban aquella guerra por perdida.

El asombro ni siquiera había llegado a calar en Awen cuando la Nighean Stiùiridh continuó diciendo que, a pesar de lo dura que pudiera estar

siendo la guerra para ellas, no se rendirían. No hasta que no quedase ni una sola hija de Morrigan en pie. Cuando todas estuvieran muertas y reunidas con su diosa madre, entonces los feéricos podrían considerar que la guerra había terminado.

Sin embargo, lo que Awen había traído consigo podía cambiar por completo su situación. Podía marcar la diferencia. Si estudiaban con detenimiento los términos del hechizo y sus capacidades, puede que incluso…

La voz de Drake la sacó de sus pensamientos.

— ¿Después de… milenios se les ocurre pelear abiertamente por… esto? —dijo haciendo un gesto elegante con la mano, abarcando lo que les rodeaba— ¿Por este mundo sin magia en el que lo único interesante que hay son esas criaturas que se parecen a nosotros?

—Así es —asintió Awen.

—No lo entiendo —dijo Drake tras una pausa.

—Está en nuestra naturaleza, hermano —apuntó Awen, mirándolo con una sonrisa tierna en los labios, como si estuviera explicándole a un niño pequeño algo que podría quitarle su inocente ilusión—. Las guerras son una manera de ejercer poder, conseguir territorios aunque no se necesiten, someter a aquellos que alzan la voz de una manera diferente o con unas ideas distintas… A todos nos gusta imponernos, Drake —dijo cuando las cejas de su hermano se juntaron más—. Y si la venganza forma parte de la ecuación, la sed por la destrucción es todavía más grande.

— ¿Venganza por qué?

La sonrisa de Awen cambió. Sus labios se estiraron un poco más y sus comisuras se curvaron hacia arriba, como si estuvieran tratando de ocultar una travesura.

—Por no dejarles divertirse en este patio de recreo. No me mires así —replicó a la expresión sorprendida e incluso horrorizada de su hermano—. Los Hijos Predilectos han empezado guerras entre ellos por bastante menos. Es curioso ver cómo cuando quieren saben aunar fuerzas.

—Supongo que esa guerra sería un aliciente para que aceptasen tu proposición —dijo Drake.

—La Guerra Mortal —asintió ella.

Drake se quedó muy quieto al escuchar ese nombre. Awen podía imaginarse lo que estaría pensado; que los feéricos no eran precisamente

originales poniéndoles nombre a las guerras y que en cierto modo cabía la posibilidad de que los inmortales, además de reclamar algo que consideraban un derecho, también estaban volviendo a revivir lo que les habían hecho a los sidhe siglos atrás. Con sus descendientes, ni más ni menos. Un sustitutivo de lo que habían sido para ellos.

Lo que Awen no terminaba de comprender era por qué no había tomado parte en aquella guerra las seis Casas de Elter.

— ¿Qué les has contado para que se fíen de ti? —preguntó ahora Drake.

Awen agradeció internamente el cambio de conversación.

—La verdad.

Drake enarcó una ceja.

— ¿Toda?

—La que a ellas les convenía saber. Siempre hay que tener un as en la manga, hermanito —puntualizó recuperando la sonrisa.

Drake resopló con suavidad.

—Se te da fatal jugar a las cartas.

Awen sonrió un poco más. Los dos sabían que eso era mentira. La sidhe era verdaderamente buena en todos los juegos en general, pero sobre todo en aquellos que requerían cierta estrategia y disimulo a la hora de mostrar sus posibilidades de ganar. Drake no se quedaba atrás.

— ¿Cuándo comenzará todo? —preguntó él.

—Pronto. No me han dado una fecha exacta porque primero hay que reunir todo lo necesario, pero comenzará pronto. Tendré que volver para traerles lo que ellas no pueden conseguir. ¿No estás emocionado? —preguntó cuando su hermano no reaccionó a sus palabras.

Drake no contestó al momento. Su mirada oscura se desvío de su hermana hacia los hombres humanos, que ahora parecían haber llegado a un trato sobre la oveja madre y su cordero, pues estaban estrechándose las manos y palmeándose los brazos, felicitándose el uno al otro por el trato y en agradecimiento por haber conseguido lo que querían. Awen no les prestó atención. No dejaba de mirar a su hermano.

Sus hombros habían caído un poco hacia delante y su espalda se había encorvado, pero seguía habiendo elegancia en su cuerpo aun con esa

postura. Una elegancia cansada y hastiada.

Awen cerró los puños sin darse cuenta. Un calor vivo y ácido comenzó a subir desde su estómago hasta su rostro, dejando un rastro ardiente por su garganta, quemándola. A ella y a las palabras que allí comenzaban a apelotonarse y que quería espetarle a su hermano. Por un momento, entendió porqué su padre se enfurecía tanto con Drake. Porqué lo fustigaban tanto por su apatía hacia determinados asuntos. Porqué le molestaba tanto que lo único por lo que parecía preocuparse era su apariencia aseada e impoluta y de aquellos relatos que escribía y de los que ni siquiera Awen, que era con quién más relación tenía, sabía de qué trataban.

El poco control que le quedaba sobre sus palabras estaba empezando a deshacerse cuando Drake habló por fin.

—Sí y no. Hemos alcanzado la paz, Awen —dijo tras una pausa, esta vez mucho más breve—. Somos libres, verdaderamente libres. No entiendo por qué tenemos que complicar las cosas…

— ¿No quieres que paguen por lo que nos hicieron? A nosotros, a nuestros antepasados… A nuestra madre —finalizó ella empleando un tono de voz más bajo, pero también mucho más firme.

Los ojos de Drake se apartaron de los suyos rápidamente, pero Awen pudo ver aquel velo de permanente dolor volverse más grueso, más oscuro. Su cuerpo se encogió sobre sí mismo, como si quiera hacerse más pequeño o desaparecer. Awen odiaba hacerle aquello a su hermano, darle golpes tan bajos y donde sabía que le dolían especialmente, pero a veces era la única manera de hacerlo reaccionar y tirar de él. Por los menos, hacia el lugar donde ella quería.

—No si eso implica volver a ponernos en riesgo —reiteró él—. No creo que a mamá le gustase que nos la jugásemos de esta manera para terminar otra vez bajo tierra. Vivos o muertos.

—Esta vez será diferente. Tenemos a los dioses de nuestro lado —sonrió con ojos soñadores y brillantes. Pero lo que había detrás de esa sonrisa de colmillos puntiagudos no tenía nada de luminoso, sino todo lo contrario.

Detrás de aquella expresión había calor, sí, un calor que nacía de un fuego abrasador que no calentaba con mimo, sino que destruía todo lo que encontraba a su paso.

Drake miró a su hermana con cautela, sin cruzar su mirada directamente con la de ella.

—No estoy seguro de que lo que hemos encontrado sean nuestros dioses.

Una risa baja y grave escapó de la garganta de Awen.

—Si quieren ayudarnos, estoy dispuesta a rezarles de rodillas, si lo desean.

—No creo que se conformen simplemente con rezos, Awen —murmuró Drake.

Awen chistó con la lengua y se giró para mirar el pueblo que se extendía a sus espaldas.

—Eres un aguafiestas, hermanito —dijo antes de auparse para subir a la valla de madera, que protestó con su fuerza y su peso cuando la sidhe quedó sentada sobre ella.

Una mujer que pasaba cerca en ese momento, con un cesto de ropa lavada bajo el brazo, se estremeció violentamente, mirando el cercado de madera en el que para ella no había nadie sentado. Awen observó a la mujer susurrar unas palabras rápidas que no llegó a entender, con los ojos en blanco, antes de marcharse de allí con paso apresurado.

—Soy precavido —contraatacó Drake mirando a la mortal por encima del hombro.

—Yo también —replicó Awen—. Lo sabes.

Drake apenas le dedicó una mirada. Parecía dispuesto a evitar encontrarse con los ojos de su hermana a toda costa, y ella no pudo evitar sentir un pinchazo en su pecho. Adoraba a su hermano pequeño. No había criatura en el mundo que significase para ella ni la mitad que él. Drake era la razón por la que había arriesgado tanto, desde el principio. Siempre había querido a su madre, muchísimo, y a su padre también, aunque de una manera más tirante. Pero con su hermano era diferente.

Desde el momento en el que había nacido, desde la primera vez que lo había tenido entre sus brazos, había sentido la necesidad de protegerlo. Siempre lo había visto tan frágil, tan preciado para ella... Y era parte de ella. De su sangre, de su familia.

No había nada que no estuviera dispuesta a hacer por él. Ni siquiera volver a atravesar Elter y meterse de nuevo en las entrañas de la tierra de la que acababa de salir para llevárselo con ella. Pero a veces le dolía tanto que fuera tan… conformista. Tan sumiso. Que tuviera tanta facilidad para olvidar o para pasar página…

A veces, a Awen le dolía muy profundamente que Drake no tuviera el mismo deseo oscuro y sanguinario que ella llevaba dentro desde que la sangre del lord fae le había manchado las manos.

— ¿Has conseguido que nos den la parte que nos falta? —preguntó él.

Awen apretó los labios.

—No —murmuró entre dientes.

Su hermano resopló con suavidad a su lado.

—Pues serás tú quien se lo diga a papá.

—Cuando le diga que por lo menos hemos llegado a un acuerdo con las sealgair, poco va a importarle. Todavía es pronto —añadió antes de que su hermano pudiera contradecirla—, tenemos tiempo de convencerlas para que compartan lo que ellas tienen.

Awen sintió la vacilación de Drake a su lado, pero ninguno de los dos dijo nada. Se quedaron así largo rato, con el sol cayendo sobre ellos con suavidad y los sonidos de las vidas humanas contando una historia totalmente ajena a la que ellos habían llevado hasta ese momento y que probablemente no vivirían nunca. Una vida sencilla a su manera. Sin venganzas que dejaban un manto de ceniza cubriendo el suelo y sin tratos con dioses caprichosos. Por lo menos, no con tanta frecuencia como en el caso de los feéricos.

Permanecieron así sentados, el uno al lado de la otra, dando la espalda a lo que el otro hermano veía, hasta que Drake rompió el silencio entre los dos con suavidad.

—Supongo que será un buen ejercicio para que todos practiquemos nuestra paciencia.

Capítulo 4

Awen contempló el poblado de la Bruma Roja con detenimiento. No porque no lo conociera ya a la perfección, sino porque probablemente no fuera a volver a pisarlo en mucho, mucho tiempo y, curiosamente, ese pensamiento hacía que su entusiasmo ante los nuevos retos que estaban por venir decayese un poco.

Aquel lugar, se dio cuenta, significaba más para ella de lo que creía. Las mujeres que vivían en su interior también. Sin ellas no habría conseguido nada de lo que tenía. A Awen le gustaba pensar que ella lo había comenzado todo; el bienestar actual de los suyos fuera de aquellas catacumbas en la tierra de los inmortales y la inminente venganza, todo eso lo había empezado ella. Pero también era consciente de que sin ayuda de las sealgair, sin su generosidad (si es que se le podía llamar así), sus intereses comunes y sin los manuscritos que tenían en posesión, ella no estaría allí plantada. Viva, rodeada por un muro de estacas de serbal y tan cerca de poder reescribir la historia de arriba y abajo.

Dejó escapar un largo y soñador suspiro antes de volver a la realidad.

Elvia se encontraba repasando por millonésima vez todos los preparativos necesarios. Awen no se lo reprochó y aguardó pacientemente mientras ella también seguía con la mirada todos los elementos necesarios que habían reunido en los últimos mese. Al final habían conseguido reunir todo lo que les hacía falta en cuestión de poco menos de un año, aunque a la sidhe se la habían hecho eternos.

Sus ojos se detuvieron primero en las dos grandes y pesadas losas de piedra blancuzca salpicada de manchas negras y plateadas. Granito. Eso había sido fácil de conseguir, así como los diferentes elementos vegetales que Awen había memorizado a la perfección, aunque no comprendía cómo se podía hacer un hechizo con ellos. La magia mortal, la que empleaban las sealgair, era muy distinta a la de los feéricos. Mientras que los inmortales la tomaban del ambiente que los rodeaba, moldeándola a su gusto, ellas tenían que sacarla de elementos concretos y tenían un rango mucho más limitado de posibilidades de actuar con ellos.

Para conseguir el polvo de castañas molido habían tenido que esperar a que llegase el otoño y los castaños comenzasen a cargarse de aquellas esferas verdes y llenas de pinchos que las contenían. Para las caperuzas de las bellotas había ocurrido lo mismo, así como con las moras; cuando los ojos de Awen se posaron en estas últimas, recordó que habían sido su primera comida como feérica libre en Tierra de Nadie, cuando los soldados fae todavía la perseguían.

La nébeda había sido recolectada en verano y se había dejado secar al aire libre durante un ciclo lunar entero, como dictaban los requerimientos del hechizo, junto con las hebras de los tallos de los cardos de color violáceo que crecían en esas tierras. Las plumas de cuervo las habían obtenido de sus propios reservorios, colgadas de las estancias donde se llevaban a cabo las reuniones importantes en los campamentos.

La cera de velas la habían comprando en un pueblo cercano. Con ella se grabarían los símbolos clave para que el hechizo perdurase en el tiempo. No eternamente, pero sí al menos varios siglos.

Conseguir la sangre feérica había sido un asunto muy diferente. Los frascos de cristal estaban etiquetados para saber a qué especie pertenecía cada uno de ellos. La de cath síth había sido la más difícil de conseguir con diferencia. Eran criaturas esquivas y tremendamente inteligentes, lo suficiente como para saber que no debían rondar las tierras altas durante demasiado tiempo, donde las sealgair eran más abundantes; ellos preferían los pueblos más al sur, donde podían cazar humanos con más libertad, de aquella manera tan retorcida que tanto les gustaba. Acechándolos discretamente, pero dejándose sentir con fuerza al mismo tiempo, permitiendo que notasen su presencia, hasta que acaban completamente desquiciados y estos iban a su encuentro de manera voluntaria.

Para conseguir la de cù sith la complicación había residido en acorralar a uno. Vivían en manadas de varios individuos que no se separaban más que para realizar un ataque perfectamente coordinado; Awen tenía curiosidad por saber cómo las sealgair habían conseguido acorralar a uno, pero aun así no preguntó.

Sus ojos se detuvieron en el último frasco, el que hizo que sus labios se estirasen y las puntas de sus colmillos asomasen por encima de su labio. La sangre de fae había sido la más fácil de todas. Con la Guerra Mortal su presencia ahora era más habitual y sus ataques a los poblados les daban a las cazadoras más posibilidades de que estas pudieran conseguir su sangre. El precio por lo que contenía aquel último frasco había sido alto, pero también merecería la pena. Las sealgair y la propia Awen, se encargarían de que así fuera.

Había una última sangre necesaria para completar el hechizo, pero no sería necesario embotellarla. La especie por cuyas venas corría la pondría sobre las losas sin oponer ninguna resistencia, directamente desde una herida recién abierta.

—Todo está listo, entonces —dijo la sidhe con un suspiro.

—Así es —asintió Elvia, acompañando sus palabras con un movimiento de

cabeza.

El cansancio era evidente en sus facciones. La Guerra Mortal no se había recrudecido en los últimos meses, pero tampoco era necesario. Quedaban tan pocas cazadoras que los feéricos ya no las atacaban de una manera tan fiera y activa como antes. Por lo menos, no los que estaban directamente al servicio de las Casas. Los feéricos menores eran otra cosa. El hechizo que tenía la función de ocultar los poblados de sus miradas y que además actuaba como una especie de repelente para ellos ahora servía para que los localizasen con más facilidad.

Elvia y las cazadoras que vivían en aquel campamento habían peinado el bosque que lo rodeaba a conciencia en los últimos días para asegurarse de que ningún inmortal descubriera su presencia. Y parecían haber hecho un buen trabajo, porque Awen no se encontró con ninguno, ni siquiera notó su presencia o su aroma en el aire. Una parte de ella se sentía un poco decepcionada ante ese hecho; tenía curiosidad por saber cómo reaccionarían los inmortales si descubrieran a una sidhe después de tanto tiempo.

Pero si todo marchaba bien, pronto lo descubriría.

Lo que tenía a Elvia cansada y alterada no era solo el hecho de que los feéricos rondasen alrededor de su campamento, ni tampoco los preparativos para aquel hechizo. Lo que a ella le inquietaba era que los inmortales de las tierras sin dueño estaban empezando a ir detrás de los fiosaiche, los hombres descendientes de la unión entre humanos y sidhe. No vivían con las sealgair, sino que solo se juntaban con ellas cada cierto tiempo o bien para tener descendencia con ellas, o para llevarlas las hijas que habían tenido con mujeres humanas, o para llevarse a los niños que habían nacido entre las murallas de serbal y que nunca se convertirían en cazadores.

Los fiosaiche no servían como guerreros igual que las sealgair, según tenía entendido Awen. No contaban con sus habilidades innatas para la lucha ni tampoco para la magia, a pesar de que podían detectar a los feéricos y también hacer algunos hechizos, aunque muy sencillos. Por alguna razón desconocida, a los hombres mestizos con sangre sidhe en sus venas la magia los volvía locos. Igual que detectar la presencia de los inmortales y sentir los efectos de su poder en sus instintos más primitivos. Si los niños fiosaiche se quedaban en los campamentos con sus madres selagair, no eran más que un estorbo.

A Awen le había sorprendido la frialdad detrás de aquel pensamiento perfectamente racional cuando se enteró de ese detalle. Las sealgair eran mujeres prácticas que llevaban a cabo una labor dura e importante en el mundo de arriba, tenían que ser duras para llevarla a cabo de manera satisfactoria, pero nunca se las hubiera imaginado siendo tan… frías y en

cierto modo crueles.

—Deberías marcharte antes de que todo comience —continuó diciendo la hija líder—. Cuando se den cuenta de lo que ocurre, esto va a ser un hervidero de feéricos, y por lo que me has contado, os conviene que sigan creyendo que habéis desaparecido por completo.

Awen se mordió el labio.

—Las represalias por lo que estáis a punto de hacer serán duras, Elvia. Más todavía que las de la guerra.

—Lo sé —asintió Elvia con vehemencia y con sus ojos lobunos brillando a la luz de las lámparas—. Pero estamos preparadas. Es nuestro trabajo.

La contundencia con la que la Nighean Stiùiridh pronunció aquellas palabras cortó cualquier réplica que Awen hubiera podido pronunciar. La determinación en su mirada ardió igual que las hogueras hechas de serbal de cazador que las sealgair usaban para intimidar cualquier posible amenaza inmortal.

Awen volvió a fijarse en las profundas manchas oscuras debajo de los ojos de Elvia. En las líneas que surcaban su rostro, a los lados de sus ojos y de sus labios, más profundas que la primera vez que se había encontrado con ella. En los cabellos grises en sus sienes y en su frente, que parecían haberse multiplicado en los últimos meses. En el rostro de huesos más marcados y mejillas más hundidas, en su tono levemente cetrino por la falta de sueño. Se fijó en la fatiga y en el hastío que desprendía la Nighean Stiùiridh de la Bruma Roja, pero también en su fortaleza y en su arrojo.

Awen leyó el mensaje que había detrás de aquellos ojos castaños salpicados de volutas de color avellana.

La rendición no existía para las cazadoras de feéricos. No mientras uno solo de aquellos seres que salían del interior de la montaña para divertirse vagase por el mundo mortal. No mientras quedase alguna de ellas que pudiera plantarles cara.

No importaba que apenas quedasen poblados y que algunos clanes hubieran desaparecido. No importaban las armas apiladas y huérfanas de dueña porque ya no había mujeres suficientes para empuñarlas. No importaba que todas tuvieran que doblar las guardias durante días y días y que las horas de sueño fueran escasas. No importaban los funerales que se llevaban a cabo casi cada día en algún poblado.

No mientras ellas tuvieran un cometido que cumplir y mientras hubiera

contra qué ejecutarlo.

Cuando Awen habló había una profunda reverencia en su voz.

—Buena suerte, Elvia.

La sealgair tensó los músculos debajo de su ropa y se quedó mirando a la sidhe durante un largo instante, alerta. Sus ojos se entrecerraron cuando vio a Awen inclinar la cabeza en su dirección. Apenas fue un gesto leve, sutil, pero ahí estaba.

Una muestra de reconocimiento, no solo hacía ella, sino hacia todas las cazadoras que la habían ayudado desde que había salido de las entrañas del suelo de Elter. El gesto que le hubiera gustado dedicarle a Brianna cuando se marchó hacia Cymru con su familia y los suyos. Un gesto que esperaba que estuviera viendo, donde quiera que se encontrase descansando.

La respuesta de Elvia fue idéntica, sin apartar los ojos de ella.

—Buena suerte, Awen.

Capítulo 5

Cuando el mundo de arriba y el de abajo dejaron de estar unidos, un chasquido resonó por las tierras altas. Igual que el de una puerta que se cierra por un soplo fuerte de viento. Así lo describiría Ross.

Una puerta cerrada en las narices.

No hubo rayos ni centellas, el cielo no se nubló, las mareas no cambiaron, ni el viento sopló huracanado entre las colinas y los bosques. Pero la tierra vibró con suavidad. Las hojas de los árboles se agitaron por una brisa inexistente. Las brizas de hierba se estremecieron. Los mortales no interrumpieron lo que estaban haciendo, apenas ninguno le dedicó un pensamiento a aquel leve temblor que recorrió las localidades circundantes a Beinn Nibheis. Solo los animales levantaron la cabeza y se quedaron quietos durante unos instantes, con más curiosidad que miedo.

Los inmortales, sin embargo, sintieron aquella separación en lo más hondo de sus cuerpos. En el tuétano de los huesos, en la sangre que corría por sus venas. El extraño lazo que los unía a Elter, inmaterial y al mismo tiempo tan consistente, que los avisaba de cuándo se acercaba la hora de volver a casa, dio un fuerte tirón en su interior. Luego, nada.

La bilis subió por la garganta de Ross. Escupió los trozos de manzana que tenía en la boca a medio masticar. No faltó mucho para que el resto, que estaba en su estómago, siguiera el mismo camino.

— ¿Qué cojones…?

Buscó con la mirada a alguno de los suyos, pixie o simplemente feérico, pero sus ojos de color castaño salpicado de motas verdes y doradas no se cruzaron los de ningún otro.

La plaza del pequeño pueblo humano más cercano a la montaña sagrada se encontraba abarrotada de humanos gritones y exaltados. Era día de mercado; todo el mundo tenía algo que ofrecer, productos o servicios. Incluso a los inmortales que no sabían que estaban allí. Cosas tan sencillas como una de las últimas manzanas de invierno que Ross había birlado de un pequeño puesto, u otras más interesantes. Tratos; acuerdos jugosos donde una de las partes creía haber hecho un buen negocio y otra que era la verdaderamente beneficiada. Los inmortales siempre se encuadraban en esta segunda.

Ross aleteó para elevarse por encima del mercado y las casas, y miró en dirección a la montaña que guardaba el camino a casa. Su perfil, como el de una muela picada, comenzada presentar más tonos verdes y marrones que blancos. El invierno estaba terminando. No se veía diferente a dos

días antes, cuando había salido de su interior para pasar unos días en el mundo humano. Unos amigos lo habían convencido para pasar unos días en tierras mortales, donde no había Hijos Predilectos que pudiesen reprenderlos por sus actos mientras se encontraban supuestamente en acto de servicio en aquellos tiempos de guerra. Solo unas cazadoras bien entrenadas y fastidiosas como una mosca en verano; quizás en otro momento los hubieran molestado y se hubieran pensado dos veces ese plan, pero en los últimos tiempos estas estaban de capa caída.

La Guerra Mortal las estaba dejado muy tocadas, casi extintas. Pero aquellas bastardas con unas gotas de sangre inmortal no se rendían así como así. No soltaban las armas incluso aun después de muertas, decían algunos. Las suyas las enterraban con sus armas predilectas, con aquellas con las que mejor se manejaban. Para honrar a su diosa pagana allí a donde fueran aun después de la muerte. Eso era lo que le habían contado una vez a Ross. El pixie no podía imaginarse de donde había salido esa información.

¿Quién había sido lo suficientemente imbécil como para acercarse tanto al funeral de una sealgair? Y, ¿cómo había sobrevivido para contarlo?

Los feéricos como Ross que vivían en el medio, en Tierra de Nadie, se habían cansado de aquellos estorbos que los perseguían y les amargaban sus fiestas y su diversión a costa de los mortales. Había llegado la hora de acabar con ellas de una vez. ¿Cómo habían permitido los feéricos durante tanto tiempo verse limitados por unas simples mortales?

No, aquella situación no podía durar más. Tenían que reclamar lo que les pertenecía por ser lo que eran, seres mágicos, inmortales. Nadie debería prohibirles divertirse en el mundo mortal a costa de los humanos y de sus vidas con fecha de caducidad. Se acabaría ir al mundo de arriba con miedo a no volver. Reclamarían sus derechos, sí. Y lo harían al estilo de los feéricos; con una guerra abierta.

Tres de los Hijos Predilectos se habían sumado a su causa; el de la Luz y el Aliento, el de la Tierra y las Espinas, y el del Agua y el Cristal. El de Viento y Tormenta no había enviado soldados, pero sí les había suministrado algunas armas, y había manifestado su abierto apoyo a la causa.

Once años después, la guerra no se había terminado, pero no duraría mucho más. Ross había estado seguro de ello. Las sealgair eran buenas guerreras, temidas, se contaban historias terribles sobre ellas. Podían enfrentarse a cualquier inmortal y salir victoriosas de la pelea, incluso contra los feéricos mayores, y si se encontraban en un número apropiado, había quien decía que hasta podían enfrentarse a un gobernante fae. Sin embargo, poco tenían que hacer ante un ejército. Eso habían pensado los inmortales al principio, pero habían tardado poco más de una década en

mermarlas lo suficiente como para poder decir que la Guerra Mortal estaba tocando a su fin.

Eran seres extraños, pensaba Ross. Las odiaba. Sentía por ellas la misma aversión primitiva que el resto de feéricos, pero con el paso de los años había desarrollado cierta… admiración. Nunca se había atrevido a expresarlo en voz alta, pero se preguntaba si los suyos se daban cuenta de lo que aquellas mujeres eran, del potencial que tenían. Eran mortales con poderes inmortales. No tan desarrollados como los suyos, pero podían hacer magia. Y pelear, y no les afectaban las mismas cosas que ellos. Ni tampoco tenían debilidades como las de los humanos, ni muchos de sus defectos; salvo la mortalidad.

Algo dentro del pixie le dijo que aquel estremecimiento que había recorrido el mundo alrededor de la montaña tenía que ver con ellas.

Había más feéricos alados que como él se habían lanzado al cielo para tener una visión mejor de Beinn Nibheis. Reconoció a alguno de ellos, a pesar de que nadie lo miraba. Todos tenían la vista clavada en la formación rocosa, esperando… algo.

¿El qué? pensó el pixie.

Ross buscó dentro de él.

El hilo que lo llevaba a casa era algo extraño, como una especie de serpiente enroscada alrededor de sus pulmones que tiraba, oprimiéndole el pecho cuando su cuerpo necesitaba volver al mundo al que pertenecía. Todos los feéricos la sentían y después de milenios ninguno había podido darle una explicación que convenciese a todos. Hiraeth, lo llamaban algunos, una palabra que habían tomado mucho tiempo atrás de los humanos, pero a la que los feéricos le habían dado un sentido un poco diferente, menos emotivo con respecto al pasado. Un tiempo muy antiguo y que Ross no había vivido, donde los inmortales se extendían mucho más al sur y la lengua que hablaban los humanos no se había ramificado tanto. Una época que, si la Guerra Mortal seguía marchando como hasta el momento, no tardaría en volver.

Pero eso ahora era lo de menos.

Ross se centró en su interior, con los ojos cerrados y permitiéndose bajar la guardia solo un instante. Largos momentos pasaron, en los que el latido de su corazón comenzó a coger velocidad y a retumbar como un tambor de guerra dentro de su pecho.

Nada.

No estaba. Había empezado a notar cómo el lazo se apretaba un poco más esa misma mañana y ahora, sencillamente, había desaparecido. Como si alguien lo hubiese cortado. Como si ya no hubiese un hogar al que regresar.

— ¡Eh!

Ross agitó los brazos por encima de su cabeza hasta que el pixie que tenía a su derecha lo miró por fin. Su cara le sonaba vagamente, pero no la ubicaba. Pero eso ahora tampoco importaba demasiado.

— ¿Tú también lo has notado? —le preguntó.

Su voz tembló un poco, y Ross se maldijo internamente por ello. Más todavía cuando vio la mueca el otro feérico alado.

— ¿Por qué crees que estamos todos aquí arriba? —replicó este, la irritación marcando cada sílaba.

Ross se llevó la mano a la cadera, donde guardaba un puñal que había afilado antes de salir de Elter, pero con resto de la manzana que se había estado comiendo escasos momentos antes. No llegó a sacar el arma. Se limitó a morderse la cara interna de la mejilla hasta que notó un sabor metálico en la lengua y respiró profundamente. En una situación normal, no habría permitido que nadie emplease ese tono con él. Pero aquel momento no tenía nada de normal y había cosas que urgían más su atención que cortarle la lengua a alguien por un comentario hosco.

Decidió probar suerte con otro inmortal que se encontraba un poco más lejos.

— ¿Nadie sabe de qué se trata?

—Ha venido de la montaña —le contestó este negando con la cabeza, sin mirarlo.

—Vosotros también lo sentís, ¿no?

Ross se volteó a mirar a un fear sciathánach. Era una criatura más grande que él e iba vestido de rojo, igual que sus parientes más cercanos sin alas, los fear dearg. Su apariencia también era muy similar, con una larga barba blanca que le llegaba casi hasta los pies y que ahora se mecía suavemente en el aire. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas, como ocurría con todos los seres de su especie desde que nacían. Ross se reprochó en silencio no haberse dando cuenta antes de que el fear sciathánach se encontraba tan cerca.

El feérico tenía las manos sobre el pecho, una colocada sobre la otra. Se agarraba la tela del jubón salpicado de manchas de suciedad con dedos trémulos y su rostro… Ross supuso que aquel ser estaba exteriorizando con su expresión lo que todos a su alrededor sentían, pero que nadie se atrevía a dejar vislumbrar.

La confusión y la angustia, el dolor y la incertidumbre. Ross no había sabido ponerle nombre a lo que había dentro de él hasta que lo tuvo delante.

—Deberíamos ir a echar un ojo —dijo el pixie con el que acaba de hablar—. Tal vez no sea nada. A veces los alrededores del loch ese que los humanos creen que tiene un monstruo, tiemblan —afirmó con un movimiento vigoroso de la cabeza; demasiado fuerte como para que se tratase de un gesto despreocupado—. No sería raro que…

—No, no ha sido lo mismo —levantó la voz el primer inmortal al que se había dirigido Ross—. Lo sabes. Ha venido de allí.

Ross miró en la dirección que apuntaba su dedo. Beinn Nibheis. Vista desde donde se encontraba, la montaña no parecía tener nada diferente. Seguía teniendo la misma pinta de diente mellado que siempre. Ross ni siquiera podía decir que le transmitiese algo nuevo.

Salvo que ya no notaba una cuerda uniéndolo a ella.

—Bueno, pues entonces, vayamos a ver de qué se trata —dijo tras unos instantes de eterna y pesada quietud.

Los demás giraron las cabezas al unísono para mirarlo. Ross casi pudo escuchar el sonido de sus músculos tensos al moverse. Sacó su puñal casi sin darse cuenta, por puro instinto, y comenzó a aletear, moviéndose en dirección a la montaña. Pasó volando junto a otros feéricos que se habían quedado plantados en el aire, mirando embobados el punto al que se dirigía él. Solo giró un momento la cabeza para ver si los otros lo seguían, y se sintió mínimamente reconfortado al ver que así era.

La entrada al interior de Beinn Nibheis estaba franqueada por maleza pisoteada y charcos de barro con pisadas de distintos tamaños. De su interior salía un olor penetrante a tierra mojada y a metal, entremezclado con miles de matices más, cada uno representativo de las especies de feéricos que pasaban por allí. Y había algo más… O debería haberlo habido, pero ya no estaba.

Algo que palpitaba como un corazón y cuyo sabor extraño debería haber llenado la boca y la nariz de Ross. Algo que debería haber reavivado la urgencia por volver a su mundo, algo que tendría que haber tirado y

tirado…

Pero no fue así.

Ross se quedó suspendido delante de la abertura escavada en la roca un momento, mirando la negrura que se extendía ante él. Los otros inmortales que lo seguían de cerca hicieron lo mismo, curiosos, pero situados un palmo por detrás de él.

Desde donde se encontraba, puedo oler la sangre. Un aroma amargo y especiado, cosquilleándole en la garganta y en la nariz. Sangre mortal. Y salía del interior de la montaña.

Apretó el puñal con un poco más de fuerza antes de avanzar hacia el olor.

Sus ojos se adaptaron con rapidez a la oscuridad en el interior de la galería que llevaba hasta la brecha. Lo primero en lo que repararon, fueron cinco cadáveres. Cinco cuerpos femeninos colocados en posiciones que indicaban que no podían haber estado vivas y mantenerse en aquellas posturas forzadas, grotescas incluso.

Sealgair.

Las reconoció primero por el olor y luego por las ropas que llevaban puestas. Los trajes negros de combate hechos de placas de cuero colocadas como si se tratasen de escamas eran parte de su seña de identidad. Sus armas tiradas a su lado; a algunas Ross no sabría ponerles nombres. El suelo de piedra a su alrededor estaba empapado en su sangre, negra debido a la escasez de luz que entraba en el túnel. No habían muerto rápido, se dio cuenta enseguida, fijándose en sus heridas. No todas, al menos. Separó la vista de los cuerpos cuando escuchó más protestas en el interior del corredor.

Siguió volando, con los dedos fuertemente apretados alrededor de su puñal y los murmullos de quienes lo acompañaban resonando a sus espaldas, pero él no se detuvo para escuchar lo que decían. Tampoco hubiera podido sin haber puesto un considerable esfuerzo en ello. Su corazón latía con fuerza dentro de su pecho, bombeando la sangre al resto de su cuerpo con rapidez, provocándole un pitido desagradable en los oídos.

Se detuvo de nuevo cuando encontró a la que todavía quedaba una con vida. De momento. Una cazadora de aspecto joven forcejeaba por deshacerse del agarre de un wulver. Se removía entre sus brazos peludos como una fiera atrapada en una trampa, cabeceando hacia atrás, intentado golpear con su cabeza la cara lobuna del feérico, pero este era

más alto que ella, y también más fuerte.

Las emociones que despertaban dentro de Ross cuando se encontraba lo suficientemente cerca de una de aquellas guerreras como para poder olerla dejaron la confusión en segundo plano por un momento. Los dedos le hormiguearon y el aroma a nébeda entremezclado por la sangre hizo que la rabia y el odio subieran por su garganta, ardientes. Hizo girar el puñal entre sus dedos con una floritura, un movimiento antes ensayado que ahora nacía con naturalidad cada vez que estaba a punto de entrar en una pelea.

— ¿Qué cojones ha pasado? —preguntó por encima de la voces que llenaban el corredor natural.

El wulver se giró en su dirección, arrastrando a la sealgair consigo. La mortal parpadeó antes de fijar su mirada en los feéricos recién llegados. Sus ojos castaños se agrandaron un poco más y se desplazaron con rapidez por los inmortales, contándolos. Su ceño se frunció al darse cuenta de que cuán desfavorables se habían vuelto las cuentas para ella. Ross pudo ver las dudas y el temor en su mirada antes de que desaparecieran tras un pestañeo.

La cazadora les enseñó los dientes y volvió a intentar zapatear a su captor.

—Te lo va a decir está desgraciada de aquí —dijo el wulver con una sacudida al cuerpo de la joven.

La sealgair apenas reaccionó. Sus labios parecieron juntarse con más fuerza, formando una línea fina.

— ¡Vamos, habla!

El silencio reinó en la galería de la montaña. De la joven solo salía una respiración agitada y temblorosa.

El wulver dejó escapar un gruñido bajo.

—O se lo dices…

— ¿O qué? —gruñó girando la cabeza hacia el ser con cuerpo de hombre y cabeza de lobo bruscamente. Sus uñas rotas se clavaron en la piel de este, pero Ross no olió la sangre que manó en hilillos de la pequeña herida; toda la que había ya en la cueva lo cubría—. Voy a acabar igual que mis hermanas de todas formas.

—Eso es cierto, pero si hablas ahora y explicas lo que tus cerdas hermanitas y tú habéis hecho, todo será más rápido. Tienes nuestra

palabra —sonrió el wulver mostrando sus dientes largos y afilados.

Aquella mueca animal no tenía nada de amigable ni de reconfortante. Ni tampoco prometía mantener las palabras que acababa de pronunciar aunque la cazadora hiciera lo que le había dicho.

Ross pudo ver cómo la joven tragaba saliva. Miró al inmortal que la tenía agarrada firmemente unos instantes, y luego sus ojos se pasearon por quienes los acompañaban en la estancia. La duda cruzó sus ojos castaños de nuevo, rauda, sin quedarse allí apenas un instante. Ross pensó si la habría imaginado.

La sealgair les dedicó una mirada cargada de odio y veneno antes de enseñarles los dientes a los inmortales que la rodeaban. El esmalte se había cubierto de una película de color rosado; Ross se imaginó que debía de haber recibido un golpe en la boca. Con esa mirada y esa expresión, el pixie pensó que más que un ser medio humano, parecía por completo un animal salvaje. Uno acorralado y que acababa de ver a parte de los suyos, a su familia, morir a manos de aquellos quienes más odiaba.

Ross cerró los dedos con más fuerza alrededor de su daga, conteniéndose para no devolverle el gesto.

El wulver, ante el silencio de la sealgair, soltó un sonido parecido a una carcajada.

—Muy bien, cazadora, tú lo has elegido.

La agarró del pelo repentinamente, tirando de él hacia atrás y dejando su cuello expuesto. El feérico abrió la boca y sus dientes, como puñales saliendo de sus encías oscuras, bajaron hacia la piel desnuda y palpitante. Pero no llegaron a tocarla. El feérico se rió al darse cuenta de que la joven había empezado a temblar con violencia entre sus brazos. El olor del acre del miedo que desprendía llegó hasta Ross, pero no así las palabras que el wulver le susurró a la mortal, pegado a su piel sudorosa.

Ella se quedó muy quieta escuchando, y lo que quiera que el inmortal le dijo hizo que gruñese de nuevo. Se agitó más, tratando inútilmente de deshacerse de su agarre. Él se rió y luego habló para todos los feéricos presentes.

—Han cerrado la brecha a Elter. Con una maldita losa de piedra.

— ¿Qué estás diciendo? —preguntó el pixie que le sonaba a Ross tras una pausa que no fue suficiente como para que las palabras del wulver hubieran terminado de calar en él.

— ¿¡De verdad vas a hacerme repetirlo?! —rugió el ser de cabeza lobuna volviendo la cabeza hacia el pixie con una mirada colérica—. ¡¿Qué es lo que no has entendido!? ¡Nos han cerrado la entrada a Elter de por vida!

—Eso no es posible.

Las palabras salieron de la boca de Ross de manera automática, sin pensar. Todavía seguía intentando procesar lo que el wulver había dicho, pero le estaba resultando muy difícil.... porque no había nada que procesar. Aquello era sencillamente imposible. La brecha, el portal, o como quisiera llamársele, aquel agujero negro bordeado de un tenue carmesí y del que emanaba una esencia característica, única, había existido desde tiempos tan antiguos que nadie recordaba que no estuviera ahí, abierta. No había nada parecido en ningún otro lugar en Elter además de la montaña gemela en la que se encontraban, ni tampoco arriba. Era un portal entre mundos, algo extraordinario, eterno; no podía cerrarse.

Pero tal vez sí taparse.

—Id a verlo vosotros mismos. Id hasta el portal —replicó un pucca en forma de duende bajito y delgado, que había permanecido callado en todo momento. Ross apenas había sido consciente de su presencia hasta ese momento.

El pixie se topó con su mirada y vio la verdad en ella. Sus costillas se cerraron sobre su corazón y sus pulmones, dejándolo sin aire y haciendo que una desagradable emoción acuosa subiera a sus ojos. Aquella opresión en su pecho era dolorosamente conocida, pero no nacía de dónde él hubiera deseado. No por un lazo invisible y que Ross creía irrompible.

—Es difícil de creer, pero es cierto. No hay forma de salir de este mundo, de volver a casa —dijo el pucca con voz cansada, resignada. Pero también llena de fría rabia. Sus ojos ambarinos se veían húmedos con la escasa luz del túnel. Su tono apenas se modificó cuando señaló con un dedo a la sealgair—. Estas cerdas lo han cerrado con una maldita piedra gigante. ¿Acaso sentís el lazo?

Se hizo el silencio en la estancia. Las miradas de los feéricos se perdieron en la penumbra, buscando algo. Buscando dentro de ellos. Un amarre que no encontraron. Ross no se molestó en intentar lo mismo que ellos.

—No, claro que no —susurró el pucca—. Porque ya no hay lugar por el que podamos regresar.

Las palabras cayeron sobre ellos sin producir su efecto de manera inmediata. Igual que la niebla que se desliza colina abajo hasta asentarse en el valle; despacio, sin prisa y perezosa. Una niebla que antes de que uno pudiera darse cuenta ya ha cubierto hasta donde la vista alcanza.

Húmeda y pesada. Fría y asfixiante. Cómo la mano que se había cerrado alrededor del pecho de Ross, tan distinta a lo que solía rodearlo.

La voz de la sealgair lo devolvió al presente.

—Vosotros os lo buscasteis. Vosotros y vuestra maldita sed de sangre humana. Os cansasteis de nosotras por cortaros la diversión y nos declarasteis la guerra.

Ross desplazó la mirada de nuevo hacia la joven. Su semblante estaba tenso, pero sereno al mismo tiempo. Se había erguido en toda su estatura y sus hombros se habían cuadrado. Ya no era el animal salvaje de hacía un momento. Era una cazadora de inmortales, una depredadora fría e inteligente no muy diferente a los que tenía delante y al mismo tiempo, completamente distinta.

—Nosotras también nos hartamos de tener que defender este mundo, nuestro mundo —dijo con voz pausada y firme, dejando que el odio gélido impregnase cada una de sus palabras—, de vosotros, cerdos inmortales que lo único que buscáis aquí es causar caos, destrucción y dolor.

A medida que las palabras salían de su boca, lo hacían con más fuerza, más dureza. Sus labios se iban retirando poco a poco sobre sus dientes manchados de sangre. El marrón de sus ojos brillaba como una gema afilada salpicada de motas doradas.

—Tenéis lo que os merecéis —sentenció con un siseo que rebotó en las entrañas de la montaña.

El silencio que siguió a sus palabras no duró demasiado. Todos se giraron hacia el wulver que sostenía a la cazadora y reía. Carcajadas que resonaron contra la roca del pasadizo. Una detrás de otra, con sincera diversión hilada con algo más amargo y ardiente que Ross también sentía dentro de él. Algo oscuro que nacía del dolor, y que prometía sufrimiento.

El wulver se inclinó hacia la cazadora, su boca de nuevo muy cerca de su piel, pero esta vez, la de su oreja. Ella no se movió de su sitio cuando notó su aliento.

— ¿Sabes algo que me encanta de esta época del año, cazadora? Que la madera empieza a estar lo bastante seca como para que no sea difícil encenderla, pero todavía está lo suficientemente húmeda como para que arda despacio. Muy, muy despacio.

Capítulo 6

Ross había formado parte de muchas juergas en el mundo humano. Juergas salvajes, sangrientas y alocadas, llenas de risas estruendosas que habían resonado por todas las tierras altas y habían provocado que cualquier mortal que las escuchase corriera a esconderse en su casa y rezase más plegarias de las habituales a sus dioses. Fiestas en las que se veían envueltos todos quienes se habían cruzado en su camino y el de sus acompañantes, inmortales y mortales, lo deseasen o no.

A los feéricos les gustaban las emociones humanas y lo que estas producían en los cuerpos de los mortales; los aromas que emitían y las vibraciones que provocaban en el ambiente a su alrededor eran lo más parecido que tenían los humanos a magia. Sus emociones fuertes actuaban sobre los feéricos de manera parecida al hechizo que envolvía su propio mundo. Por eso los feéricos buscaban a los humanos. A ellos y lo que podían ofrecerles en aquel mundo. Lo buscaban con ansia y casi desesperación, como si de una droga se tratase. Harían lo que fuera por conseguir lo que deseaban de los humanos. Engañar, perseguir, matar. Incluso enfrentarse contra las sealgair, a pesar de los riesgos que eso implicaba, tenía un efecto adictivo para ellos.

Pero nada de lo que Ross había vivido se parecía mínimamente a la caza que vino en los días siguientes al cierre de la brecha.

Cuando viajaban al mundo mortal los feéricos evitaban a toda costa cruzarse con los sealgair. En esa ocasión, las buscaron hasta dentro de las madrigueras de los zorros. Ross se unió a esa cacería, por supuesto, sobre todo después de ver por sí mismo lo que había contado el pucca.

La brecha se encontraba al final de la única galería de piedra que recorría el interior de la montaña en el mundo de arriba. Allí, en el suelo, se encontraba una fisura alargada, como una herida sin cerrar, emitiendo su brillo de color rojo pálido. La negrura infinita que se veía a través de ella siempre había resultado reconfortante en cierto modo para Ross, porque significaba tanto la vuelta a casa como el comienzo de una nueva aventura entre los mortales.

Todo eso había desaparecido. Tal y como le habían dicho, había una losa de granito tapando la unión, grande y pesada, pero no lo suficiente como para que entre varios inmortales pudieran levantarla. Si no hubiera estado hechizada.

La magia que mantenía la placa sobre la brecha no era nada que los feéricos hubieran visto antes. No era del todo distinta a la que había en Elter, pero tampoco tenía la misma esencia. Era magia hecha por mortales y, aunque en el fondo seguía siendo eso, magia, su naturaleza

desagradaba a los habitantes de Elter. Había algo que no estaba bien en ella, a parte del hecho evidente de que les impedía volver a casa. Cuando intentaron alterarla para poder mover la losa de granito, nada de lo que hicieron tuvo ningún tipo de efecto.

La magia que mantenía la piedra sobre la brecha se escurría entre sus dedos como el barro demasiado líquido. No dejaba que nadie la tocase ni que la modificase, algo totalmente inaudito. Hasta la magia más poderosa podía ser alterada en Elter, aunque sí era cierto que no por cualquiera. La magia antigua que poseían los gobernantes fae era un ejemplo de ello; nadie que no fuera un Hijo Predilecto o una Hija Predilecta, o algún familiar con el poder suficiente en su interior podía manipular los dones de los dioses.

La losa tenía pintadas en su superficie unos símbolos extraños que nadie supo identificar. Algunos se atrevieron a aventurar que se trataba de una lengua muy antigua que nunca había llegado a existir en el mundo feérico, solo en el humano, pues no se parecía a nada que los inmortales conocieran. Ni siquiera a sus lenguajes más antiguos y casi olvidados que solo se podían encontrar en textos viejos y al alcance de unos pocos. Trataron de borrarlas frotando la piedra, pues no parecían estar cinceladas en ella, pero esos intentos también fueron inútiles.

Ross, junto con el resto de feéricos que lo acompañaban, un grupo que fue creciendo poco a poco con aquellos que se habían atrevido a acercarse a la Beinn Nibheis, trataron de cambiar el hechizo. Agarrarlo como si fuera un trozo de barro, modelarlo, darle una forma diferente. Lo intentaron hasta la extenuación, hasta que el sudor perló sus frentes y sus dientes rechinaron dolorosamente por el esfuerzo. Ninguno de ellos consiguió nada.

Tal vez un fae podría hacerlo… No fueron pocos los que gruñeron ante ese comentario hecho por varios de los presentes. Por mucho que les escamase, los faes no recibían el apelativo de feéricos mayores porque fuesen de un tamaño mayor que el resto, sino porque podían manejar la magia hasta un punto que el resto no era capaz.

Tenían que encontrar a uno, lo cual, no debería ser difícil. La guerra podía darse casi por terminada, pero les gustaba la sangre y la pelea tanto o más que al resto de los inmortales, por mucho que ellos proclamasen estar por encima de los deseos simples y triviales de los demás. Ross los había visto en el mundo de arriba divirtiéndose con los humanos de maneras a veces incluso más turbadoras y retorcidas que cualquier otro feérico.

—No vais a encontrar ninguno —rió sin gracia la joven cazadora que todavía seguía con vida en aquel momento—. Están todos atrapados en Elter. Y aunque hubiera alguno aquí, tampoco podría hacer nada. No hay

magia que pueda romper o tan siquiera alterar ese sello.

— ¿De dónde habéis sacado algo así? —había preguntado el pucca con un gruñido.

Ella no contestó al instante. Dudó un momento, mirando a los inmortales que se agolpaban a su alrededor y entorno a la losa de granito. Cuando su voz sonó dentro de la montaña, lo hizo con un tono ligero y desenfadado que no casaba con su situación; herida, atrapada entre los brazos del wulver y en clara desventaja.

La burla y el regocijo en sus palabras hicieron que Ross apretase la empuñadura de su arma hasta que los nudillos le crujieron y la piel olivácea de esa zona se le tornó de un blanco níveo.

—De un texto muy antiguo y poderoso que vosotros parecéis haber olvidado.

Ross parpadeó, confuso. Aun se encontraba asimilando la afirmación de la sealgair cuando uno de los inmortales volvió a hablar.

—No nos merecíamos esto —le espetó el fear sciathánach con el que Ross se había encontrado antes de llegar a la montaña. Con cada momento que pasaba, el pixie lo veía más al borde del llanto.

—No —rio la cazadora con amargura—, deberíais haber tenido un castigo peor, pero esto fue lo mejor que pudimos conseguir. Me alegra ver que no os parece poco.

—Tú, niña, ¿tienes idea de lo que estás haciendo? —gruñó un pixie que revoloteó hasta quedar a escasos centímetros de la cara de la cazadora—. Y no me refiero a esa puta piedra, digo esto, esas palabras que salen de tu boquita de cría estúpida. Ten cuidado con lo que dices…

— ¿O qué? —cortó ella— No tengo miedo. Mis hermanas y yo, a diferencia de vosotros, sabíamos lo que estábamos haciendo cuando comenzamos esto. No la guerra, sino nuestra labor como hijas de Morrigan. Sabíamos a lo que nos enfrentábamos, pero vosotros, seres de abajo, no teníais ni la más remota idea de con quién os estabais metiendo.

El pixie se retiró un poco hacia atrás, la aversión todavía presente en su rostro. El resto de inmortales se agolparon más a su alrededor, soltando gruñidos bajos, como animales molestos.

— ¿Habéis disfrutado de vuestros placeres violentos? —murmuró la cazadora— ¿Han merecido la pena? Porque vais a estar aquí durante

mucho, mucho tiempo.

Ross soltó un gruñido visceral antes de abalanzarse hacia delante y clavarle el puñal en la mejilla, atravesando la carne blanda y chocando contra sus dientes. La visión de la sangre y el grito la sealgair haciendo eco dentro del túnel y en los oídos de Ross fueron lo que terminaron de desatarlo por completo. A él, y a los que lo acompañaban.

Los humanos parecieron darse cuenta de que algo no iba como siempre porque durante esos días apenas se atrevieron a salir de su casa. Una ley no escrita ni pronunciada sobre no internarse en los bosques, salir de las aldeas en solitario o estar a la intemperie durante la noche se instauró entre ellos, silenciosa como el avance de las nubes de una tormenta. Veían columnas de humo alzarse entre los árboles aquí y allá, algún grito o lamento cortando el aire de las tierras altas. Pero nadie se acercó a comprobar qué ocurría. Hacía mucho tiempo que los mortales habían aprendido que si los buenos vecinos del mundo de abajo no se acercaban directamente a ellos no debían inmiscuirse en sus asuntos, sin importar lo que oyeran o lo que vieran.

Fue lo que los salvó, pensaría Ross años después. Fue lo que los salvó de no caer presa de las garras más largas de lo habitual de los feéricos, de no acabar entre sus fauces abiertas y babeantes. Gracias a que por una vez supieron seguir sus instintos sabiamente, la labor a la que las sealgair habían dedicado sus vidas no cayó en saco roto. En su búsqueda de aliviar lo que sentían por dentro de la única manera que conocían, los feéricos no habrían dudado en hacer pagar su dolor y su rabia con cualquiera que se cruzase en su camino, sin importar que fuesen más o menos responsables.

Había pasado casi un mes cuando el grupo del que Ross formaba parte encontró a las que probablemente fuesen las últimas sealgair que quedasen con vida. Se escondían en una gruta situada a decenas de kilómetros al norte de Beinn Nibheis, una tierra fría que todavía presentaba parches de nieve cubriendo el suelo. El olor fuerte y salado del loch y la tierra húmeda no había conseguido ocultar su olor de aquellos que las buscaban. A ellas y a los hombres de su especie; ellos también tenían culpa de lo que les había ocurrido, aunque solo fuera por el hecho de compartir la misma sangre.

Eran cuatro, y sin duda familia; sus huesos tenían la misma forma en la nariz y el arco orbital, y un lunar situado cerca de la boca, enmarcando o bien el labio superior o el inferior. Opusieron resistencia como las fieras guerreras que eran, incluso la más pequeña, que por lo que Ross calculaba, no debía de tener más de once o doce años. Todavía demasiado joven para haber afrontado el flùr le fuil, aquella especie de ritual de

iniciación en el que tenían que matar un inmortal solas.

Una de ellas murió durante la primera contienda de un golpe brutal que le abrió el pecho. La visión del hueso blanco hecho astillas y la carne desgarrada de su hermana distrajeron lo suficiente a las otras tres sealgair como para que los feéricos pudieran neutralizarlas y atarlas. No era su intención que muriesen de momento.

Las ataron de manera que las tres pusiesen verse perfectamente, formando un triángulo en cuyo centro encendieron una hoguera pequeña que alimentaron con madera de serbal de cazador. Tardó en prender, pero la visión de las llamas lamiendo la madera suavemente, de una manera casi sensual, hizo que los feéricos ronroneasen como animales y que las sealgair se retorciesen más contra sus postes.

—Os voy a hacer la misma pregunta que les he hecho a todas vuestras hermanas antes de terminar con ellas —dijo Lug, el wulver que parecía haber tomado por decisión propia llevar la voz cantante en el grupo—. ¿Cómo puede romperse el hechizo? ¿Cómo puede volver a abrirse la brecha con Elter?

Los feéricos obtuvieron lo que se esperaban; silencio solo interrumpido por el crepitar del fuego.

Lug golpeó la punta de la espada contra la palma de su mano libre. Sus largas uñas estaban oscurecidas de ceniza, tierra y sangre. Ross se preguntaba de donde habría sacado aquella arma tan buena; los que vivían en Tierra de Nadie, como su especie, solían servirse de puñales, dagas, arcos y flechas o ballestas. Espadas y similares solían ser el arma de los feéricos mayores o de quienes servían en sus ejércitos. El pixie podría haber jurado que la empuñadura tenía una especie de rascón en el que antes había habido algo grabado. ¿Un emblema, tal vez? ¿Había servido Lug a alguna Casa en la guerra y lo habían expulsado o se la había quitado a un soldado? A Ross le parecía factible cualquiera de las dos opciones.

Cuando la voz fuerte y gutural del wulver se volvió a oír, habría jurado que la más joven de las sealgair se estremeció con violencia.

— ¿Sabéis? Estoy cansado de vuestro silencio. O de vuestras mentiras, mejor dicho —puntualizó señalándolas con la punta de la espada—. De vuestros gritos, no, en absoluto. Es una pena que quedéis ya tan pocas…—dijo alargando las palabras y una sonrisa extendiéndose por su hocico lobuno, como si estuviese paladeando algo delicioso—. Tal vez seáis las últimas, incluso.

A nadie se le escaparon las miradas que intercambiaron las dos mayores. Fue breve, pero esclarecedora. Podían imaginarse lo que había ocurrido

durante las últimas semanas y sin embargo, escuchar aquello…

Las últimas, se dijo Ross. Podía tener delante a las últimas sealgiar con vida de todas las tierras altas. De todo aquel mundo. Y aquello lo hacía sentir…

— ¿Qué se siente al saber que habéis cavado vuestra propia tumba, la de toda vuestra raza? —dijo Lug, sin perder la sonrisa y sin cambiar el tono.

Ross frunció el ceño y se removió en su posición, suspendido en el aire para estar a la altura de los rostros de las cazadoras. Estaba empezando a cansarse de Lug y sus juegos; hablaba demasiado antes de hacer sangrar, algo que Ross detestaba. No tenía nada en contra de las amenazas verbales, él mismo era un entusiasta de ellas, pero estaba harto de tener que escuchar las mismas palabras una y otra vez cada vez que capturaban sealgair. Era un monólogo, ninguna les habías dicho nada que no supieran ya sobre el sello; solo insultos, escupitajos, forcejeos inútiles contra sus ataduras, y el maldito recordatorio, una y otra y otra vez, de que aquella situación en la que se encontraban era culpa suya.

Ross había mantenido apartadas de su mente esas palabras durante más de una semana, negándose siquiera a procesar su significado, la verdad o falta de ella que pudiera haber en esa afirmación. Sin embargo, a fuerza de escucharla repetidamente, había comenzado a pensar, a darle vueltas. A mirar más detenidamente a las cazadoras cuando las decían, valorando el veneno que había en su voz cuando las pronunciaban y cómo lo quemaba a él. Ross siempre había pensado que cuando se era expuesto a una ponzoña repetidas veces, ésta cada vez iba haciendo menos efecto. Estaba empezando a dudar de que eso fuera cierto.

La voz de una de las sealgair más mayores, que no debía de superar las dos décadas de vida, sonó firme, sacándolo de sus pensamientos.

— ¿Qué sentís vosotros al saber que os habéis ganado una tumba en este mundo y no en el que os pertenece de verdad? —replicó, fría y firme como un carámbano de hielo. Sin temblor, sin miedo.

Ross tragó saliva y enseñó los dientes. No, uno no se acostumbraba al veneno de aquellas palabras.

Lug entrecerró los ojos ante el comentario. La sonrisa se había congelado en su rostro. Sus dientes y su lengua asomaban entre sus labios finos y negros. Una víbora lista para atacar, en este caso, a otra. ¿Quién tendría el veneno más potente?

Pero el wulver no dijo nada. Solo se desplazó hacia la estaca a la que estaba atada la más joven de las sealgair, cogiendo una rama prendida de

la pequeña hoguera cuando pasó junto a la hoguera encendida.

Los músculos del cuerpo de Ross se tensaron, atentos a la acción que estaba por venir. El pixie pudo sentir que lo mismo ocurría con los que se encontraban a su alrededor, mortales e inmortales.

La pequeña puso los ojos en blanco y Ross vio cómo sus hombros se movían arriba y abajo con discreción; estaba tratando de forzar las ataduras que mantenían sus manos inmóviles detrás de ella. Sus labios se apretaron cuando el feérico estuvo a su altura y levantó el trozo de madera encendido, iluminando las facciones de la joven cazadora. Sus ojos, de color verde azulado, no se posaron en aquella arma improvisada. No, su mirada estaba fija en el wulver, y no la apartó en ningún momento mientras este acercaba el fuego a su mejilla. Había llamas en aquellos ojos de color ambarino, y no solo las que se reflejaban por el fuego que había en la rama de serbal.

Si no hubiera empezado a oler la carne quemada, un aroma ya demasiado familiar, el pixie, desde su posición, no habría sabido en qué momento el fuego tocó la piel de la niña. Sí pudo ver en cambio sus ojos húmedos y brillantes, y cómo se revolvía tratando de escapar. Hasta que Lug la sujeto por la barbilla con la mano libre, obligándola a permanecer quieta en su sitio.

Los inmorales a su alrededor gorjearon, algunos emitieron risillas estridentes y comenzaron a moverse alrededor de la escena como predadores al oler la sangre. Ross notó su pulso acelerarse y cómo un hormigueo conocido comenzaba a extenderse por su cuerpo. Dio un par de vueltas a su puñal entre los dedos, viendo cómo pequeños hilos de sangre se deslizaban por la barbilla de la chiquilla, rezumando de las heridas que se había hecho en los labios al morder con fuerza.

Ross juraría que pudo oír el rechinar de sus dientes tratando de evitar que un grito de dolor escapase de su garganta.

— ¡BASTA!

La voz de la sealgair que había hablado antes sacó a los inmortales de su estado de embriaguez. Los gruñidos llenaron la escena, contrariados por ver interrumpido el momento.

Lug separó la llama de la carne y se giró lo justo para mirar por encima de su hombro. La sonrisa había vuelto a aparecer en su rostro, más astuta que antes.

— ¡No hay manera de sacarlo, asumidlo de una maldita vez! —gritó la cazadora, inclinándose hacia delante y clavando su mirada rabiosa y llena

de dolor en el wulver— ¡No podéis regresar!

Lug lanzó la rama a la hoguera en un gesto tan repentino que cogió a todos los presentes desprevenidos. Pequeñas chispas salieron disparadas de la fogata, pero murieron rápidamente al tocar el suelo húmedo. Las llamas habían abandonado la mano del feérico, pero no sus ojos.

— ¡Todos los hechizos pueden alterarse! —espetó de repente, con un puño cerrado alrededor de la empuñadura de la espada.

—Este también, pero no mediante otra magia —contestó la sealgair que todavía no había hablado.

Ross la miró con una ceja enarcada; parecía un poco mayor que la primera, más serena y estoica. Sus ojos, del mismo color aguamarina que los de la chiquilla, aguantaron las miradas de los feéricos a su alrededor, esperando a que continuase

—Solo con el tiempo puede deshacer el hechizo de la losa que cubre la brecha.

Los ojos de sus hermanas se hicieron más grandes al escucharla y sus labios se apretaron, como si mediante ese gesto pudieran evitar que hablase. Los feéricos se quedaron muy quietos, esperando a que continuase, pero la joven no lo hizo inmediatamente. Se limitó a acomodarse contra la estaca que tenía a sus espaldas, sin perder de vista al que parecía ser el líder del grupo.

Lug resopló por la nariz, y Ross prácticamente pudo escuchar sus pensamientos. ¿De verdad iba a hacerlo preguntar?

El pixie soltó una maldición en la lengua antigua por lo bajo y meneó la cabeza sin apartar los ojos de la cazadora. No parecía la condenada que era, aceptado su destino con resignación. Se asemejaba más a una loba llena de paciencia contemplando cómo unos molestos cachorros le lanzaban dentelladas traviesas a la cola. Era admirable, pensó el pixie, ser capaz de fijar la mirada en quien estaba a punto de matarte y contemplarlo de esa manera.

Ross se preguntó a que clan pertenecería. Podía echar un vistazo a sus armas cuando el interrogatorio terminase. Todas las cazadoras decoraban sus armas con algún motivo que hiciera referencia al clan al que pertenecían. Ross no sabía demasiado sobre los diferentes grupos en los que se dividían las cazadoras de feéricos según su linaje, pero conocía los nombres de los tres que dominaban sobre el resto; la Bruma Roja, el Halcón Azul y el Espino Negro. Tres huesos duros de roer, y más todavía

de quebrar.

Finalmente, la sealgair fue sabia y continuó hablando.

—La losa de granito no va a estar ahí eternamente. Algún día, el hechizo que la inmoviliza se destruirá. Podrá sacarse y el paso entre los dos mundos volverá a estar abierto.

— ¿Cuándo será eso? —preguntó el wulver en un tono que consiguió disimular su impaciencia.

La sealgair se encogió de hombros.

—No se sabe.

Se había encogido de hombros. Había tenido el descaro de encogerse de hombros despreocupadamente, sin perder ni el tono ni la mirada. Sus cejas hasta se habían alzado un poco en su frente, como si la pregunta que Lug fuese estúpida y solo la contestase para que se callase de una vez. Esos gestos tampoco pasaron desapercibidos para el wulver.

El feérico se giró en sus talones y volvió a dirigirse a la pequeña, que esta vez tembló más visiblemente.

— ¡Lo juramos! —gritó la primera sealgair, tirando de sus ataduras—. Lo juramos por Morrigan, ninguna de nosotras lo sabe. Pueden ser décadas, siglos. Milenios.

— ¿De dónde lo sacasteis? —preguntó esta vez Ross.

Los presentes levantaron la vista hacia él con un respingo, sorprendidos por su repentina interrupción. El pixie no miró a nadie que no fuera a aquella criatura tan insolente, valiente o estúpida, Ross todavía no sabía dónde clasificarla. Aquella mortal que se había atrevido a hablar con aquella osadía a Lug mientras este amenazaba a la que parecía ser su hermana pequeña. Aquella mujer que no parecía tener miedo de los seres de pesadilla que la rodeaban y que estaban preparados para hacerle vivir una.

Una hija de Morrigan preparada para reunirse con su diosa madre.

No fue esta quien le contestó, sino la que se encontraba a su lado.

—Nosotras no lo sabemos, de verdad que no. Fueron las Nighean Stiùiridh que pertenecían a los clanes del Espino Negro, la Bruma Roja y el Halcón Azul quienes decidieron usarlo —hizo una breve pausa para escrutar el rostro de Ross con cuidado, valorando si su respuesta había sido lo suficientemente satisfactoria. El pixie no estaba seguro de qué fue lo que

vio en él, pero la joven se humedeció los labios y siguió hablando con voz trémula en esta ocasión—. Una de ellas, de la Bruma Roja, fue la que propuso usar ese hechizo, pero nosotras no sabemos de dónde lo sacó ni cómo lo consiguió —volvió a quedarse callada durante apenas una pulsación antes de seguir hablando con voz más baja y sin mirarlo directamente—. Desconocemos incluso de que tipo de magia se trata, solo que es muy poderosa y muy antigua.

—No me lo creo —gruñó Lug.

—Sabíamos lo que iba a ocurrir, pero nada más —replicó en esta ocasión la joven insolente—. Pertenecemos a un clan gobernado por el Espino Negro, pero no teníamos relación con la Nighean Stiùiridh más allá de estar bajo sus órdenes. Solo se nos informó de lo que iba a ocurrir. Y que esperásemos lo peor.

—Dejad ir a nuestra hermana —suplicó la otra, confirmando las sospechas de Ross—. Por favor, ella no ha hecho nada. No tiene ninguna culpa.

Lug rió de manera estrepitosa y con la boca abierta, llevándose una mano al estómago teatralmente. Muchos de feéricos que allí había, la gran mayoría de hecho, se unieron a su carcajada de la misma manera. Ross se limitó a hacer girar su puñal entre los dedos, echando un vistazo a la más pequeña de las sealgair. La chiquilla tenía la vista clavada en el suelo a sus pies. La sangre resbalaba por su barbilla, salpicando poco a poco la tierra húmeda.

—Ni siquiera se ha enfrentado al flùr le fuil —prosiguió la misma cazadora, sin hacer caso de las risas de los inmortales—. Sus manos están limpias.

—Las manos de una sealgair nunca están limpias —contestó Lug, su voz sorprendentemente serena, mezclada con algo de dulzura incluso—. Puede que ella no haya matado a ningún feérico todavía pero, ¿y todas sus antepasadas? La sangre es muy espesa, sobre todo la de un inmortal. Mancha. No es fácil limpiarla, ni de la ropa, ni de las manos. Estoy más que seguro de que vosotras lo sabréis.

La sealgair que había hablado a favor de su hermana sacudió la cabeza con derrota. La otra había enarcado una ceja, pero miraba con atención a Lug, como si fuera una especie de cuentacuentos macabro contándole una historia no del todo desconocida. Mientras, las lágrimas habían comenzado a rodar en silencio por el rostro de la más pequeña.

El agua salada tenía que estar haciéndole daño en la mejilla quemada, pensó Ross.

—La sangre es tan jodida de quitar —prosiguió el wulver sin cambiar la entonación; realmente parecía estar contándoles un cuento tétrico a unos

niños pequeños—, que puede seguir manchando las manos de muchas, muchas generaciones. No es una sealgair completa, todavía no —señaló a la niña con la punta de la espada—. Pero algún día lo sería. Porque vosotras, pequeñas brujas asquerosas, no sois tan diferentes de nosotros. También os gusta cazar, os encanta, lo buscáis. Deseáis tener las manos sucias con nuestra sangre, como nosotros las tenemos con la vuestra —dijo levantando las suyas. Las giró para que pudieran ver tanto el dorso como las palmas.

La piel gruesa y oscura llena de pelo hirsuto hacía complicado diferenciarla, pero definitivamente había sangre manchando las manos de Lug. Surcos oscuros siguiendo las finas líneas de la piel, como pequeños ríos. Líneas llenas con los restos de la vida de otros.

Ross echó un vistazo rápido y discreto a sus propias manos; sus uñas tenían círculos marrones y sus yemas presentaban un aspecto muy parecido a las estrías que se veían en un tronco talado. Se frotó las yemas unas contra las otras, pero las manchas no desaparecieron.

— ¿Qué ibais a hacer sin nosotros merodeando este mundo? —continuó Lug, una sonrisa suave curvando sus labios, acorde con su tono de voz—. Os aburriríais. Por eso preferís morir.

La cazadora que había suplicado por su hermana pequeña dejó escapar el aire. La otra no se inmutó lo más mínimo.

—Sabíais de sobra como iba a acabar, no solo esta historia, sino también la guerra. Os estábamos derrotando y vosotras no podíais afrontar tal vergüenza —dijo con una floritura burlona de la mano—. Un último movimiento estrella antes de morir. La última jugada —avanzó hacia la sealgair unos pasos, los suficientes para que su aliento golpease la cara de la joven, y la miró desde toda su imponente altura— ¿Ha merecido la pena, cazadora?

Los ojos verde azulados de la chica recorrieron al feérico de arriba abajo, deteniéndose un momento más en la espada y las manos sucias que la sostenían, para volver finalmente a su cara. Ross, tras tantos días juntos, había memorizado el rostro de pesadilla al que se enfrentaba ahora la mortal; barbado y de largos caninos asomando por encima del labios inferior y superior cuando sonreía, lleno de pequeños surcos parcialmente ocultos por el vello largo y oscuro. La cabeza de lobo del wulver, asentada sobre un cuerpo similar al de un humano o un feérico mayor, más bruto y fornido, se cernía sobre la cazadora, esperando a que terminase su examen.

—Sí. Sí, ha merecido la pena —contestó ella en un tono similar al que el feérico había empleado, tal vez un poco más burlón. Se inclinó hacia delante para que su cara quedase un poco más cerca de la suya—. Pero,

¿y para vosotros, inmortales? Hadas —pronunció despacio, con una sonrisa que mostraba sus dientes.

Los feéricos a su alrededor gruñeron, algunos rugieron e hicieron amago de avanzarse sobre ella con armas o las manos desnudas. Sus hermanas la miraron con los ojos en blanco, la que estaba a su lado murmuró un nombre que Ross no pudo distinguir y unas palabras que sonaron vagamente a cállate. Pero la sealgair se limitó a pasarse la lengua por encima de los dientes que acaba de mostrar, como si saborease la palabra que había causado tanto revuelo.

Su esencia. Estaba paladeando el poder de los feéricos que la rodeaban y cómo se había alterado ante su comentario.

—Todas las correrías, las fiestas, las matanzas, las estupideces y las niñerías que habéis cometido en este mundo, todo el dolor que les habéis causado a los humanos —continuó al ver que Lug no la tocaba ni respondía—, ¿valió la pena perder vuestro mundo, un hogar al que regresar, por todo eso? ¿Fueron lo bastante divertidas? Espero que las disfrutaseis porque, aunque atrapados aquí vais a poder seguir haciendo algunas de las vuestras, no será lo mismo. ¿Me equivocó?

Atrapados. Ross sintió que si pecho se hundía con esa palabra.

—Somos las hijas de Morrigan. Somos mortales con sangre feérica en nuestras venas. No será tan fácil deshacerse de nosotras —prosiguió—. Más os vale peinar a conciencia todas las tierras altas y más allá, sus islas, sus valles, cada madriguera y cada caverna. Porque si alguna de nuestras hermanas o hermanos queda con vida, tened por seguro que esto no acaba más que de empezar para vosotros —advirtió, sus labios cada vez más retraídos sobre sus dientes, sus ojos más salvajes, su voz más alta y menos dulce—. Puede que nos estéis cazando ahora, pero ese es nuestro papel. Nadie sabe hacerlo mejor que nosotras. Os creéis los predadores listos y feroces de esta historia y de este mundo, pero estáis muy equivocados —la selagair hizo una pausa en la que se puso de puntillas hasta casi tocar la nariz oscura del inmortal que tenía delante. Luego, pronunció muy, muy despacio—. Sealgair. Ese es nuestro nombre.

Ross no supo cuanto tiempo estuvieron mirándose la cazadora y el inmortal sin pestañear. Ella, desafiante y burlona, con la cabeza alta y los músculos tensos. Una sealgair en cada fibra de su ser, en el aire que respiraba y en la sangre que corría por sus venas. Él, un inmortal en toda regla, el poder enroscándose a su alrededor, su rostro y su cuerpo disfrazando una pesadilla que apenas podía ocultarse.

Ross mismo era un monstruo escondido dentro de un envoltorio con apenas el tamaño de un antebrazo humano, alas que parecían hechas de cristal cortante de color verde pálido y una mata de cabello oscuro

siempre desarreglado. Una imagen que los más confiados habían tratado como la de un ser benévolo y gracioso. El pixie solo era una de esas dos cosas.

Quiero su lengua, pensó mirando a la sealgair, entrecerrando los ojos y dando vueltas lentamente al puñal entre los dedos. Esa lengua de víbora… O sus dientes. No había sido capaz de apreciarlos bien cuando había sonreído. ¿Serían puntiagudos y acanalados como los de una serpiente venenosa? Seguro que sí. La ponzoña que cargaba las palabras con las que se había dirigido a ellos tenía que venir de algún sitio.

—Tal vez no consigamos acabar con todas vosotras —dijo Lug, sacando al pixie de sus ensoñaciones—, aunque, sinceramente, lo dudo. Apestáis a lo que sois. Lo lleváis marcado en la piel —dijo desplazando su mirada hacia la marca en forma de pluma que tenía en la sien derecha. La marca de su reina—. No podéis esconderos de nosotros. Nunca.

Otro momento tenso de miradas se instaló entre ellos, entre la sealgair y el wulver, y entre todos los presentes en aquel lugar de apariencia pacífica que pronto se teñiría de rojo y gris.

La quietud y la tensión se rompieron finalmente con un escupitajo de la mortal en la cara del wulver. Los feéricos soltaron una exclamación de sorpresa inicial que fue seguida de gruñidos y del sonido acerado de puñales y dagas siendo desenvainados.

Lug se limitó a limpiarse la baba de la cara con expresión divertida, y con una voz que reflejaba lo mismo, ordenó:

—Traed más serbal de cazador.

Capítulo 7

La pira que habían hecho cuando capturaron a las sealgair se hizo más grande. El fuego no se apagó en ningún momento durante los casi siete días que duró la juerga. El humo que desprendía la madera húmeda se hizo visible más allá del valle, elevándose hacia el cielo junto con las risas y los lamentos. Escocía en los ojos y las gargantas de los inmortales, pero nada de eso les importó. Los gritos y las lágrimas de las cazadoras merecían la pena.

Comenzaron con la sealgair más insolente, tomándose su tiempo. Si era cierto que no había más, que tanto ellas como los hombres de su especie estaban definitivamente al borde de desaparecer para siempre del mundo mortal, entonces tenían que disfrutar todo lo que pudieran de aquellos momentos.

El estoicismo de la joven no duró hasta el último momento, pero nunca suplicó por ella ni por sus hermanas. Ni estas lo hicieron por ella. Ross solo pudo distinguir una palabra de todas las que murmuró durante sus delirios de dolor.

Morrigan.

Una y otra vez incluso después de que se quedase sin los atributos que le permitían hablar. Aun atacada a la estaca de serbal, con la hoguera prendida y hecha con la madera que ellas empleaban para cazar a los inmortales, la cazadora no dejó de llamar a su diosa. Si lo hizo para pedirle un milagro, la salvación o algún tipo de señal de que lo que habían hecho era lo correcto, que todo aquello había merecido la pena, el pixie nunca lo supo.

Ross no pudo quedarse la lengua de la cazadora, ni tampoco sus dientes. Todos estuvieron de acuerdo en que esos privilegios eran para el wulver que había tomado la iniciativa en los últimos días, aquel al que se le ocurrían los tormentos más escabrosos. Lug aceptó todos y cada uno de ellos, más una petición a mayores. Su corazón.

Los inmortales no tenían por costumbre arrancar ese órgano de los cuerpos de sus oponentes, pero sabían que las sealgiar lo hacían durante su rito de iniciación, el flùr le fuil. Igual que eran conocedores de su costumbre de comerse una parte de él y pintarse la cara con su sangre para finalizar el rito. Una prueba para su diosa, la confirmación de que estaban dispuestas a hacer lo que fuera necesario para llevar a cabo su sagrada tarea. Un ritual que nunca volvería a repetirse. Porque no quedarían cazadoras que pudieran llevarlo a cabo.

Lug sacó el corazón del cuerpo irreconocible de la cazadora. Gelatinoso y parcialmente cocido dentro de la caja torácica, aun conservaba cierto tono encarnado. Y todavía sangraba.

El wulver pintó las caras de sus hermanas con la sangre, exprimiendo el órgano como una fruta madura. Al final, las dos tuvieron el mismo destino que su hermana, pero los feéricos no se ensañaron tanto con ellas. Estaban rotas, resignadas, mientras que a la primera habían tenido que quebrarla. La más mayor de las dos que quedaban fue la que acabó antes en la hoguera. Aun medio desmayada por el dolor, Ross vio como le dedicaba una mirada a su hermana pequeña y movía los labios en su dirección. Y le sonreía. Ross habría jurado que ese fue su último gesto, aunque era difícil de asegurar, pues le habían abierto las comisuras de la boca con una daga.

Ross se topó con sus ojos de color verde agua entre las volutas de humo. Estaban enrojecidos después de días llorando y noches sin sueño, hinchados. No era solo una cazadora, se dio cuenta el pixie mirándola ahora; también era poco más que una niña. La primera vez que la vio le dio la impresión de que no debía de llegar a las dos décadas de vida y, ahora, le parecía todavía más joven.

Cuando las llamas comenzaron a lamerle la piel, la sealgair cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Los gritos hicieron eco en el valle durante largo rato, el olor de la carne y el pelo quemado acompañando al de la madera que las cazadoras empleaban como protección contra los inmortales. Madera con la que ahora ardían.

Ross se alejó discretamente de la escena, elevándose sobre ella, donde el humo de la madera y la carne quemada no podían alcanzarlo. Aleteó con suavidad, lo justo para mantenerse suspendido sobre las cabezas de los presentes, respirando aire fresco y limpio. Un aire que no estaba cargado con el olor afrutado del serbal que hacía que los pulmones le escociesen en el pecho, libre también del dolor de las mortales, de sus lágrimas de rabia y de odio, de sufrimiento y de desesperanza.

Un aire que hacía que el estómago se le revolviese peligrosamente y los ojos le escocieran.

La sealgair que quedaba no dijo nada ante lo que estaba sufriendo su hermana. Se había encogido en el suelo, con el cuerpo entumecido por el frío y la postura en la que se encontraba. Como si quisiera hacerse más pequeña, aunque en el fondo, sabía que eso no le serviría de nada. Como si ese gesto pudiera evitarle un destino que estaba a punto de cumplirse.

Ross la contempló desde el aire, mientras las llamas terminaban de consumir a su hermana. Su melena, que de haber estado limpia el pixie sospechaba que habría tenido un bonito color rubio oscuro, estaba

enredada y suelta, formando alrededor de su rostro una maraña similar a la de la maleza espinosa. Desde donde se encontraba, Ross podía ver cómo sus hombros se agitaban suavemente y cómo su cabeza se levantaba para mirar furtivamente a su hermana; o lo que quedaba de ella.

El pixie no podía verle la cara, pero no le hacía falta. Podía sentirla. Todo lo que expresaba su rostro infantil y todo lo que guardaba en su pequeño cuerpo con celo, pero no con la fuerza suficiente como para que los inmortales no se dieran cuenta y se rieran, lanzándole miradas que prometían terribles pesadillas.

Ross también podía sentirlos a ellos. A él mismo, a lo que había experimentado durante días y noches persiguiendo y exterminando sealgair y fiosaiche. El frenesí que le había dejado el cuerpo y los sentidos abrumados, extasiados. Felices y complacidos. Pero ninguna de esas sensaciones había durado demasiado. Con cada nueva captura sentía que necesitaba más; más dolor, más rabia. Y al final, nunca era suficiente. Al final, solo se sentía terriblemente cansado y… algo más. Una emoción ácida y extraña a la que no sabía poner nombre. No en una situación como aquella.

Una emoción en la que no había querido pensar demasiado durante la última semana, pero no por ello había conseguido que desapareciese.

Un sentimiento que hacía que su pecho se oprimiese con saña y que la emoción le subiera por la garganta y por el rostro, ardiente y amarga. Una presión alrededor de sus costillas, dentro de ellas, que nada tenía que ver con el lazo que lo unía a la montaña sangrada. O por lo menos, no de la forma a la que estaba acostumbrado.

Ross comenzó a descender cuando el fuego empezó a apagarse y en la hoguera no quedaba más que un amasijo calcinado que apenas recordaba al cuerpo de la mujer que había ardido allí. Los feéricos a su alrededor gorjeaban, cansados y complacidos, pero listos para continuar con la cazadora que quedaba viva todavía.

Ross apenas fue consciente de las palabras que salieron de su boca.

—Quiero empezar yo.

Los demás inmortales se detuvieron en seco y lo miraron, a medio camino entre curiosos y extrañados. Si hubiera podido, el propio pixie se hubiera contemplado de la misma manera.

Ross había participado activamente en todas las… fiestas que se habían llevado a cabo en las tierras altas esas semanas, y las había disfrutado, por supuesto. Al principio, sobre todo. Ahora… ahora aquello comenzaba a

hacérsele demasiado largo. Casi un mes entero con el mismo ritual, una y otra y otra vez… Tal vez el cuerpo terminaba acostumbrándose al veneno cuando se le exponía a él repetidamente, o quizás no. Lo que el pixie comenzaba a tener claro, era que aquello que una vez le había generado tanto éxtasis, ya no se lo provocaba. No de la misma manera.

Al ver que nadie decía nada, Ross echó un vistazo a Lug. El wulver lo contemplaba en silencio, con sus grandes ojos de color oro viejo clavados en él con intensidad y sus fuertes brazos cruzados sobre el pecho. Su espada corta descansaba enfundada detrás de su espalda. Los bigotes que sobresalían de su hocico, largos e hirsutos, temblaban de manera casi imperceptible. Estaba oliéndolo, se dio cuenta el pixie.

Ross no estaba seguro sobre qué era lo que buscaba el wulver en su olor, pero se quedó muy quieto mientras lo olfateaba desde la distancia. Dejando que percibiera solo lo que a él le interesaba.

Cuando Lug por fin le dedicó un asentimiento tenue con la cabeza, Ross se movió. Se situó delante del rostro de la pequeña con el puñal en la mano, esta vez sin realizar ningún movimiento ensayado. La niña, sentada en el suelo desde hacía rato, levantó la cabeza al percibir que un feérico se acercaba a ella y centró su mirada verde azulada en Ross, que se quedó a escasos palmos de distancia.

Él la miró durante un largo instante antes de moverse. A su rostro joven, todavía con las redondeces de la infancia, magullado y sucio. Lleno de dolor, de rabia y de resignación. Y también de miedo cerval. Un terror inmenso apenas oculto detrás de su mirada color agua de mar que no la impidió mantenerse estoica cuando el pixie comenzó a moverse.

Ross pasó el filo despacio, sobre la piel de la mejilla, quemada y en carne viva. Ella se estremeció y compuso una mueca de dolor, pero no hizo amago de apartarse. El pixie siguió bajando por su cuello y su clavícula. Podía escuchar a sus compañeros a su alrededor pidiéndole que la hiciera sangrar y chillar de una maldita vez. Ross quería lo mismo que ellos; algo muy primitivo dentro de él se lo exigía, un deseo acuciante que nacía en su estómago y se extendía por sus brazos y su columna vertebral. Una sensación tan familiar… y tan extraña de repente.

Cuando la sealgair, después de unos instantes con los ojos cerrados, enfocó la mirada hacia él y sus ojos se toparon, Ross supo que había llegado el momento.

Con un golpe rápido y seco, atravesó el corazón de la cazadora.

Ross no era un guerrero ni un soldado, pero conocía de sobra los lugares en la anatomía de un ser vivo más indicados para causar una muerte rápida. Su puñal se había deslizado entre las costillas de la sealgair, había

atravesado tejido, pulmón, y había llegado hasta el corazón con un sonido húmedo y amortiguado. Era algo que el pixie ya había hecho en muchas ocasiones, un movimiento mecánico.

Pero nunca lo había hecho por piedad.

— ¿Qué cojones…?

Ross sacó el puñal del cuerpo de la sealgair. Los ojos verde azulados lo miraron con sorpresa, abrió la boca para decir algo, pero solo consiguió articular un sonido ininteligible acompañado de un reguero de sangre. Luego, su cuerpo cayó hacia la derecha y quedó colgando de sus brazos atados a la estaca de madera.

Ross dejó escapar el aire que no era consciente de haber estado conteniendo y su cabeza también cayó hacia adelante. El silencio espeso que reinaba a su alrededor contrastaba con el bullicio que sentía en su interior, en su cabeza. Un ruido repetitivo, pulsante, que se vio interrumpido por la voz de uno de sus compañeros a sus espaldas.

— ¡¿Por qué has hecho eso?!

—Ha sido sin querer —replicó el pixie mientras empezaba a volverse para mirar a los que lo rodeaban.

Las miradas iracundas de los inmortales lo golpearon de lleno cuando los encaró. Ross apretó la empuñadura de su puñal con fuerza y la notó resbaladiza. La sangre de la joven cazadora le manchaba las manos, húmeda y caliente. Su olor llenaba ahora sus fosas nasales y el aire que lo rodeaba.

—Serás cabrón… —murmuró un fear dearg lanzando un escupitajo al suelo.

—Yo… no quería hacer esto —repitió Ross, tratando de mantener su voz lo más firme posible.

No era del todo mentira. Había sido consciente de lo que estaba haciendo, de las intenciones que tenía. Sin embargo, lo que no entendía era por qué. ¿Qué le había llevado a hacer aquello? ¿Compasión? ¿Después de todo lo que había hecho los últimos días, y en las últimas décadas? ¿Siendo lo que eran ambos? Tanto él como ella. Un pixie y una cazadora. Dos seres que bajo ninguna circunstancia deberían haber mostrado tales sentimientos el uno por la otra.

Pero ella era tan joven… Era joven, sí, pero habría crecido y su lengua, sus armas, y sus artes para la lucha se habrían afilado tanto como las de su hermana la impertinente, la primera en morir quemada. Aquella niña,

después de haber pasado su flùr le fuil, no habría tenido piedad de él.

Entonces, ¿por qué?

Ross, molesto consigo mismo y con la espiral en la que comenzaban a caer sus pensamientos, finalmente dijo:

—No sé de qué os quejáis, aun podéis daros un festín con su cuerpo.

—MUERTA NO NOS SIRVE —gritó fear dearg detrás de él.

— ¿Eres un blando ahora, pixie? —escuchó decir a un fear sciathánach.

El bullicio dentro de la cabeza de Ross se detuvo durante un instante. El suficiente para que un calor abrasador se extendiese por su columna vertebral y sus brazos, obligándolo a ponerse en movimiento. El pixie giró en el aire con un movimiento rápido. El puñal, del que todavía goteaba la sangre de la cazadora, salió disparado de su mano y se clavó en el cuerpo del fear sciathánach que había hablado, a la altura del estómago.

El feérico salió despedido hacia atrás y cayó al lado de la hoguera encendida. De la criatura alada y vestida de rojo no salió más que un sonido lastimero cargado de sorpresa.

— ¿Te parece eso blando? —dijo Ross con la mirada clavada en el rostro agonizante, sus ojos de color marrones salpicados de manchas verdes y doradas entrecerrados.

Era una herida fea de la que los feéricos no podían recuperarse sin la ayuda de un sanador. Pero lo peor de todo era que aquella herida producía una muerte lenta y dolorosa, con los fluidos ácidos del estómago en contacto con la carne abierta y el tejido sensible.

El fear sciathánach, cuyo nombre Ross había olvidado, lo miró un momento con una mezcla de odio y asombro antes de dirigir su mirada a la empuñadura que sobresalía de su cuerpo. Ross no molestó en prestar atención a sus fútiles intentos por desclavársela, mientras profería siseos de profundo dolor.

Levantó la vista para mirar a los demás presentes. Había dientes a la vista, armas brillando con la luz del fuego de la hoguera, miradas coléricas… Nada inesperado, ni tampoco nada que lo preocupase. Por lo menos, no demasiado. El pixie era perfectamente consciente de sus capacidades como luchador y si quisiera no tendría problema en derrotar a cualquiera de los presentes. Por lo menos, por separado.

Su mirada se fijó en Lug, que lo escrutaba con una ceja oscura enarcada. Ross no pudo leer bien su rostro, pero no encontró ninguna amenaza en

él. Más bien, lo que vio fue… curiosidad.

—No pude evitarlo —murmuró el pixie.

Esas palabras tampoco eran del todo mentira. Puede que hubiera podido poner más de su parte para no haberse dejado llevar por aquella… emoción tan extraña que había experimentado. Pero al final había sido su mano la que se había movido de manera mecánica, sin obedecer a ningún pensamiento racional del feérico.

—Tu impaciencia por verla muerta —dijo el wulver después de lo que a Ross le pareció una eternidad— nos ha quitado mucha diversión al resto, pixie. ¿Eres consciente de que puede que hayas matado a la última de estas… —hizo una pausa en la que señaló con la cabeza al cadáver sin calcinar— criaturas? Puede que incluso no queden fiosaiche. Su especie puede haberse extinguido por completo.

Ross sopesó aquellas palabras despacio, sus ojos atrapados en la mirada ambarina del wulver.

— ¿Qué se siente al pensarlo? —preguntó el wulver despacio.

Siento que acabo de hacerles un favor, pensó para sí.

—Que he conseguido una gloria que no me merecía —contestó en voz alta.

El ser con cabeza de lobo lo escrutó detenidamente, pero sin que Ross pudiera determinar en qué estaba pensando de verdad. Ross se movió despacio, sin desviar su atención de Lug, mientras recogía el puñal del cuerpo del fear sciathánach que acababa de matar y lo agarraba con firmeza, conteniendo el impulso de hacerlo girar.

— ¿No te consideras, entonces, merecedor del honor de comerte su corazón? —preguntó Lug detrás de él.

Ross se giró despacio para volver a encontrarse con su mirada. Detrás de aquellos ojos ambarinos parecía haber una llama viva ardiendo, pero Ross no estaba seguro de qué era lo que la alimentaba en ese momento.

El pixie había escuchado que en algunos lugares a los wulver se los consideraba seres benevolentes, amigables con los viajeros, los humanos, y que no tenían problema en compartir lo que era suyo con otros; la comida, por ejemplo. Que historias tan extrañas se inventaban los humanos. Cuan ingenuos e inocentes eran, niños pequeños que quería ver el lado bueno de todo lo que los rodeaba. Si hubiesen visto al wulver hacer lo que Ross había presenciado en los últimos días, tal vez se les quitaría de la cabeza que aquello no era como las mascotas vagamente

similares que tenían en sus casas.

—No, no creo que lo sea —respondió el feérico alado—. Puedes quedarte tú con él, si lo deseas.

Lug soltó una risa ronca.

—No, no soy de los que comen sobras.

El wulver no hacía tal cosa, pero otros sí.

Ross aleteó y se comenzó a elevarse por encima de las cabezas de los presentes. Pasó cerca de la pila de armas que les habían quitado a las hermanas; las habían depositado cerca de las aguas oscuras del loch, apiladas como las estacas que usaban para hacer las hogueras con las que quemaban a sus dueñas. Ross echó un vistazo por encima de su hombro, para comprobar que nadie lo estaba mirando, antes de acercarse más a las armas.

Las contempló sin tocarlas ni acercarse a ellas, como si su contacto pudiera quemarlo. A la tenue luz del amanecer, sus ojos de feérico pudieron distinguir algo que todas compartían. Un diseño que serpenteaba por las empuñaduras y las hojas, punzante y agresivo. Ramas de espino.

Aquello confirmaba lo que una de las hermanas mayores había dicho; aquellas cazadoras habían pertenecido al clan del Espino Negro, uno de los más respetados e influyentes. Uno de los últimos en caer. O el último, tal vez. El clan con el que todo terminaba para las hijas de Morrigan.

Los ojos de Ross se detuvieron repentinamente en un arma en concreto. Pequeña, parcialmente oculta por el resto. Un puñal.

Ross se fijó en él porque, a diferencia del resto, no parecía tener aquel diseño espinoso por ningún lado. Se inclinó hacia delante, con las manos ligeramente temblorosas, y cerró los dedos en torno a su empuñadura. Aguardó un momento, como si esperase sentir algún tipo de pinchazo, algún castigo por estar tocando un objeto como aquel, empleado para matarlo a él y a sus congéneres. Pero no sintió nada, así que lo levantó con cuidado.

El puñal era más grande que el suyo, adaptado a alguien de un tamaño mayor. Tal vez no un adulto, pero sí a un chiquillo (o chiquilla) que estuviera aprendiendo a manejarse con las armas. Al girarlo en su mano poco a poco, confirmó que no tenía ningún tipo de diseño ni en la hoja ni en la empuñadura. Sin embargo, si estaba manchado con una pátina rojiza.

Sangre seca. Sangre mortal e inmortal, pudo apreciar por el olor.

Ross contempló un momento el puñal en su mano antes de volver a proseguir su camino hacia los cielos del mundo humano. Esta vez, acarreando un arma nueva consigo.

Echó un último vistazo por encima del hombro a la sealgair que había matado antes de que quedase irreconocible. Desde donde se encontraba aun podía ver los ojos de la pequeña, que miraban hacia arriba, sin ver el cielo sobre el loch. La noche empezaba a desvanecerse y los primeros rayos de luz teñían el agua salada con tonalidades de fuego y sangre.

Todo había terminado para las sealgair. Estaban muertas, sino todas, por lo menos la gran mayoría. Todavía era pronto para saberlo, pero pronto saldrían de dudas. Seguirían buscándolas sin descanso durante meses, a ellas y a la excitación que sentían al saber que ahora eran ellos quienes las cazaban. Ross sabía con certeza que eso ocurriría. Lo que no sabía era si él seguiría tomando parte de esas cacerías, las cuales dudaba que fueran a ser fructíferas. Era prácticamente imposible que alguna hubiera escapado al frenesí de violencia que había corrido por las tierras altas durante aquellos días.

¿Qué harían ahora los inmortales? ¿Ir a por los humanos? ¿Aporrear la puerta que les había cerrado el camino a su mundo? ¿Rezar a Madre y a Padre para que los ayudasen, para que los dejasen entrar de nuevo en casa?

Un pucca que formaba parte del grupo se había atrevido a decir en voz alta que tal vez todo aquello había sido cosa de sus dioses. Quizás no les hacían gracia sus excursiones al mundo de arriba. La Guerra Mortal, a pesar de ir ganándola, podría haber sido una advertencia de que estaban rozando el límite de la paciencia de las cazadoras. Puede que hubieran sido unos ingenuos al pensar que alrededor de una década de guerra bastarían para deshacerse de ellas, o que las sealgiar permitirían que todo terminase de una manera tan fácil; tan al estilo feérico. El pucca, cuyo nombre Ross no recordaba, había acabado estacado por el estómago en la entrada de Beinn Nibheis.

Ross pensó en las palabras de la cazadora que había muerto primero, la joven atrevida de lengua afilada.

¿Había merecido la pena?

¿Todo?

¿Todo lo que había hecho en aquel mundo, por cuenta propia o acompañado? Lo que había dejado atrás y que no estaba seguro de si algún día podría recuperar comenzó a tomar forma en su mente. Lo

primero que captó su atención fue su familia.

Ross tenía una familia en Tierra de Nadie, viviendo en un pequeño poblado pegado a un lago de aguas cristalinas, no muy diferentes a las que el pixie tenía delante, pero sin estar alimentado por el agua del mar. Estaba rodeado por suaves colinas y tilos enormes que cuando florecían llenaban con su fragancia todo la contorna. Era un lugar hermoso, su hogar. Siempre lo había sabido, pero nunca se había dado cuenta hasta… hasta ese instante.

Cuando la idea de que no sabía cuándo volvería a ver a su hermano y a su hermana, a su madre y a su abuelo, se tornó prácticamente tangible, volvió a notar esa presión fría y terrible alrededor de su pecho. Imágenes de su vida, de sus vivencias en su tierra, de aquellos con quienes las había compartido, comenzaron a pasar raudas por su mente. Sus amigos. Su familia.

Su hogar.

El pixie sacudió la cabeza y sacó su propio puñal manchado de la funda, sosteniéndolo con la mano libro. Aguantó el que había cogido de entre las armas de las sealgair colocándolo debajo de su axila y, sin vacilar, se hizo un corte rápido en la palma de la mano que comenzó a sangrar casi al instante. El dolor tardó más en llegar. Emanaba de la herida, se extendía por sus dedos y le subía por el antebrazo. Real y palpable.

No era un sueño. No se había quedado dormido después de haber bebido hasta hartarse. No era una premonición, una advertencia de sus dioses por lo que estaban haciendo. Ya no, al menos. El castigo había llegado sin que se dieran cuenta, y ya no había vuelta atrás. Ahora, solo les quedaba esperar que fuera lo más corto posible. Rogar por ello.

Volvió a dirigir la mirada a los cadáveres desmadejados, su atención de nuevo sobre la niña. Ross habría jurado que podía ver alivio en su mirada muerta. No le habría extrañado que así fuera. Luego de casi siete días de torturas y dolor, todo había terminado para ella. Iría a reunirse con su gran reina, dejando atrás aquella pesadilla.

Algo dentro de Ross se retorció, amargo y punzante, que hizo que su maltratado estómago se revolviese de nuevo. Envidia.

Amanecía en el mundo humano, pero para el pixie y para todos los feéricos en él estaban atrapados, la sensación no era de un nuevo día que comienza. Para ellos, empezaba la noche más oscura.

Para las sealgair, todo había terminado. Para los inmortales, acababa de empezar.